

EL COJO ILUSTRADO

AÑO I

15 DE ENERO DE 1892

Nº 2

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICION BIMENSUAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

SUMARIO

TEXTO.—PRÓLOGO para las obras póstumas de Luis López Méndez, por Gil Fortoul.—ARMINIO Y DOROTEA; ó Manuel Revenga, por L. Alvarado.—NUESTROS GRABADOS.—El Tocador, por la baronesa Staffe.—BIBLIOGRAFIA.—Crepúsculo, poesía por Luis López Méndez.—La Ventana abierta, poesía por Luis López Méndez.—Congreso internacional de americanistas.—Al Gallo, poesía de José María Reina.—Amicitia caritatem, por J. J. Breca.—CIENCIAS.—Nuevos descubrimientos paleontológicos

hechos en Patagonia.—Los Mordiscos, por Francisco de Sales Pérez.—Del libro de "Versos sencillos" de José Martí.—La Prensa de Caracas y El Cojo Ilustrado, de la Redacción.—Silencio, poesía por Alirio Díaz Guerra.—VARIA.—SU CARA MITAD, novela escrita en inglés por F. Barret, traducida al castellano por Francisco Sellén.

GRABADOS.—Iglesia de La Pastora, de fotografía.—José

María Reina, de fotografía.—Franco Cardinalli, de fotografía.—Enrique Bertrán, de fotografía.—Un pordiosero, dibujo á la pluma por Herrera Toro.—La Trilla, copia de fotografía.—El primer duelo, [Cain y Abel] copia del cuadro de Bourguereau.—Un redactor de periódico, dibujo á la pluma.—Nota mala, nota regular y nota buena, copia.—El japonés Marimoto, copia.—Plegaria á la Virgen, poesía de D. José Zorrilla y música de D. R. Taboala.



LA IGLESIA DE LA PASTORA

LITERATURA VENEZOLANA

GIL FORTOUL

PRÓLOGO

(Para las OBRAS PÓSTUMAS de Luis López Méndez).

Hace apenas un año que escribí el prólogo de la primera obra de Luis López Méndez, y ya hoy tengo que cumplir el triste deber de presentar al lector los últimos escritos literarios del queridísimo amigo y compañero, muerto en Bruselas el 26 de julio del año próximo pasado.

No es emplear una simple metáfora decir que López Méndez murió con la pluma en la mano. En su mesa encontré los manuscritos que componen este volumen, dos de ellos sin concluir, todos en el desorden de lo que el escritor no considera todavía como forma definitivamente adecuada á su pensamiento.

El autor preparaba, para publicarla precisamente en el mes en que escribo estas líneas, una obra que debía titularse *Nocturnos*, y de la cual formarían parte *La Balada de los muertos* y *El último sueño*.

¿Qué debían ser los *Nocturnos*? Parece inútil toda conjetura. Mientras una obra intelectual no ha salido del período de gestación, el autor mismo no sabe á dónde le llevarán las caprichosas curvas de la imaginación ni qué influencias morales le obligarán á abandonar la línea ideal del primer proyecto para seguir los nuevos rumbos que ante el espíritu se abren á medida que va encontrando el molde artístico de sus concepciones.

La Balada de los muertos extrañará quizá por su exaltado romanticismo. No se parece, en efecto, á los demás escritos del autor, en los cuales predomina un pensamiento armoniosamente sereno. Ello depende de las circunstancias en que fue ideada. Bien que escrita en Bruselas á principios de 1891, la *Balada* fue ideada en Caracas, en la época de incertidumbre, temores y esperanzas que inmediatamente precedió á la reacción contra la Dictadura. El joven y brillante autor conservaba todavía, poco antes de morir, mucho de la sobreexcitación nerviosa que se apoderó de la juventud venezolana cuando tuvo el presentimiento de que la aurora de las libertades públicas estaba próxima é iban á empezar á realizarse los ideales de una política tolerante y fecunda. Vibrante aún su espíritu con los entusiasmos de la lucha; húmeda aún la pluma con que escribiera los valientes artículos firmados *Lucrecio* y *Numa*, ¿cómo extrañará que la obra, (donde el autor pensó sin duda armonizar las vaguedades de una imaginación soñadora con las indeterminadas insinuaciones de una filosofía inclinada al optimismo), resulte más bien, en algunos de sus párrafos, como explosión de cóleras patrióticas ó grito impaciente de luchador exasperado? Nobles cóleras é impaciencias, en todo caso; puesto que sus compañeros las sintieron también en sus pechos, y puesto que, en vez de colmar el corazón con el veneno del odio, agitan los labios con el himno de la esperanza.

Con la entonación intensamente lírica de la *Balada* contrasta la suave, serena y conmovedora melancolía del *último sueño*,—que habría podido calificarse de fantasía deliciosa sin la desgraciada coincidencia de haber sido escrita á dos pasos del sepulcro.

De *Un mes en España* el autor no tuvo tiempo de redactar sino las primeras páginas, en las cuales puede descubrirse, sin em-

bargo, el método que se proponía seguir en el relato de su viaje. Con qué entusiasmo se despidió del invierno al salir de Bruselas con rumbo al Mediodía! "Un año entero pasado bajo las nieblas del Norte, el horizonte siempre gris, las nieves ó la lluvia cayendo sin tregua sobre los campos desolados, los árboles con sus ramas desnudas levantadas al cielo como otros tantos brazos suplicantes, y el alma aterrida, sin energía para el amor ni para el pensamiento, huyamos de la tumba del invierno y volemós á las regiones afortunadas para quienes el sol reserva sus primeras caricias, donde el aire circula cargado de perfumes, los valles se visten de flores y la fantasía de púrpura y de oro."

España le atraía. "Con ser tan activa—dice—nuestra emulación, y tan ardientes nuestras simpatías por otros pueblos, todavía conservamos (los latino-americanos) un conjunto de sentimientos, gustos, aspiraciones y deseos propios que no hallan satisfacción lejos de la Patria, á no ser en España, donde nos reciben rostros amigos y almas hermanas de la nuestra."

Pero aquella atracción simpática no le hizo caer en ninguno de los dos extremos en que suelen caer muchos americanos al juzgar á España. Hay quienes no ven en España más que vejez, costumbres medioevales é instituciones rezagadas, y quienes se dejan seducir por la comunidad de raza y lengua, hasta el punto de enamorarse, (ellos, hijos de la revolución democrática) de las pompas monárquicas y de las anticuadas jerarquías nobiliarias. Los unos, demasiado miopes para descubrir el vigor latente de un pueblo que no tardará ya mucho en cerrar su largo paréntesis de indolencia, y los otros demasiado ligeros en pagarse de futilidades mundanas, no observan más que la superficialidad. El autor verá más hondo y más lejos. Sus consideraciones, al visitar la Catedral de Burgos, sobre el empeño de los españoles en hermanar el carácter nacional con su ideal religioso, revelan un ingenio sagaz y penetrante; y es lástima muy grande que no haya tenido tiempo de hablarnos del resto de su viaje.

Las páginas que aparecen tituladas *Eduardo* deben de ser el comienzo de una novela, que el autor se llevó consigo á la tumba.

. No puedo yo librarme de un sentimiento de profundísima tristeza al releer estos fragmentos de obras que habrían dado gloria á su autor y brillo á las letras patrias. Los que trabajan y crean como aquel generoso espíritu no son nunca tantos que nos sea permitido ver sin inquietud dolorosa el vacío que él dejara en la actual generación.

Nótese cómo en cada época y para cada obra colectiva, ora sea propaganda de ideas, ora propaganda de actos, se forman, por atracción intelectual, grupos de pensadores entre quienes el ideal común establece un parentesco á menudo más íntimo que el mismo parentesco de la sangre. Cada individuo de estas familias intelectuales conserva la independencia de su carácter, las particularidades de su temperamento, los exclusivismos de sus gustos; pero en el centro de todas esas variedades y diferencias aparece en toda ocasión la idea que forma foco y al rededor de la cual vienen á calentarse las otras ideas cuando la lucha arrecia, ó amenaza el peligro, ó la duda invade el alma, ó la proximidad de la victoria ensancha el corazón. Y si en estos momentos de impaciencia y fiebre cae muerto uno de los más vigorosos obreros de la obra colectiva, todas las almas de la familia intelectual

se sienten heridas á un tiempo y en el grito de dolor que de ellas se escapa hay vibraciones de ira contra la ciega fatalidad, como si ésta fuese enemigo invisible que ceba su odio antes que en el hermano caído en la idea que él contribuía á propagar y hacer amar. Entonces el duelo de los espíritus tiene quejas más profundas que el duelo de los corazones.

Tal ha sucedido en la juventud venezolana con la muerte de López Méndez. A él no sólo se le quería sino que se le admiraba y respetaba. Sus amigos no eran únicamente aquellos que estrechaban su mano, sino cuantos de doce años acá piensan, escriben y hablan en favor de la revolución intelectual que tiene por principales propósitos el triunfo de la filosofía científica en los cerebros y el triunfo de nuevos sistemas en las relaciones sociales y políticas.

Dando por hoy de mano á las cosas políticas, y circunscribiéndonos á la vida filosófica, es indudable que la última década se caracteriza en Venezuela por la tendencia de los espíritus jóvenes á alejarse cada vez más de la actividad literaria considerada como simple entretenimiento, para dedicarse cada día con mayor ahínco á más amplias especulaciones intelectuales. En épocas anteriores casi bastaba para adquirir nombre y prestigio, de escritor hacer elegantes cerventesis y pulir hermosas redondillas: en la época que ahora vivimos el favor del público acoje con mayor interés las producciones que revelan propósitos más altos y esfuerzos más fecundos. Aún en las mismas producciones de marcado carácter literario el pensamiento filosófico procura no sólo hacerse notar á través de las galas retóricas sino hasta predominar sobre ellas. Y no es todo. Obsérvese cómo la tendencia á que aludo apenas si se desvía de cuando en cuando, en algunos espíritus, de la dirección positiva y experimental. Entre los escritores que más llaman la atención pública, son contados aquellos que gusten todavía de ocultar con ambigüedades de lenguaje el radicalismo revolucionario de sus ideas, y contadísimos los que francamente resisten á la invasión de las nuevas doctrinas.

Luis López Méndez contribuyó siempre á la propaganda civilizadora, con un entusiasmo que no entibiarón nunca ni las trabas que la política ponía á veces á la manifestación del pensamiento, ni la dura necesidad de ganar la vida con el trabajo diario. Ha muerto en los instantes en que, por lo mismo que es ya respetado ó temido, más enérgicos campeones necesita nuestro ideal filosófico. Trabajemos, pues, los que todavía quedamos de pie, en estrechar los lazos de nuestra familia intelectual. Con ello pagaremos el mejor tributo á la memoria del amigo muerto y cobrarán más prestigiosa influencia las ideas que constituyen el alma y la fuerza de la juventud venezolana.

JOSÉ GIL FORTOUL.

Liverpool: diciembre de 1891.

ARMINIO Y DOROTEA

A MANUEL REVENGA

Plácenos á veces dirigir furtivas miradas á las sendas ya cegadas y sin uso de lo que pasó. Es nuestro placer medir entonces el tamaño de nuestro dolor ó nuestros goces y embriagar el alma exaltada con el aliento de los prados ó el suspiro de las tumbas.

Ponzoñosa es la exhalación de las flores como la de los sepulcros, y el ánimo busca probablemente en ello una suerte de suicidio, tranquilo en ocasiones como el beleño de los trovadores y su dulce soñolencia, y en ocasiones feroz como la mandrágora de los encantadores y su filtro emponzoñado. Asombra en tanto el viaje vertiginoso de la humanidad; adormece la razón, despierta el egoísmo, se impone el derecho, y no se ve ni oye otro guía en la migración universal que el uniforme del guerrero y la voz del vencedor. Buscar ficciones para el pensamiento es protestar de algún modo contra el falso orden que existe, y la adoración de las cosas sobrenaturales, la poesía, abre el campo á esos engaños . . .

A esos engaños. Que nunca es más pasajera la ilusión, ni más instable. La armonía pasará con nosotros, perecerá con el arte, con las doctrinas, con la fé. Se mueven como el cometa, hacia el seno del abismo, describiendo una órbita imperceptible, pero fatal. Menester es que vivamos con nuestro actual patrimonio, *cras enim moriemur*. Pero la armonía nos ha traído al seno de estas reflexiones, y en ellas vagaremos.

Agitados están los pueblos en el antiguo continente cuando la naturaleza está en calma. El sol parece emitir más luz, contener más oxígeno el aire, emitir más calorico y producir más seres vivientes la tierra, y no guardarse más las fronteras por los ríos, los mares y las montañas. Los monarcas ven atónitos el nacimiento de la democracia. Centella de la nube, fuego del volcán, nadie sospecha esa energía oculta y silenciosa, sino cuando ve correr la lava ardiente y crujir la excelsa encina, abatida y destrazada.

En las orillas del Rhin no hay ya tranquilidad, ni sosiego. Vióse aparecer un día en las inmediaciones de una villa una multitud extraña y loca. Pesados carromatos, bueyes y caballos, madres angustiadas, hombres afanosos, niños consternados, la herramienta, el lecho, el mobiliario, el harapo, la imprecación y la súplica. Todo arrojado en desorden, sin señal de previsión, trayendo lo superfluo, olvidando lo necesario. Y se apresuran los rayos del sol á iluminar esa espantada turba! Y hasta la tierra parece, medrosa, agitarse en nubes de polvo que levantan los fugitivos!

Un canto bélico se mezcla de pronto al lejano rumor, y sus notas, brotando acompañadas como toques de orden de cien clarines, añaden nuevo espanto al desatinado éxodo, y se interrumpen con el chirrido agudo de la carreta, el grito irritado del auriga, las vociferaciones del viajero, las pisadas de las cabalgaduras, el clamor de la multitud.—Quién puede saber la causa del tumulto? De dónde esa gente extraña; qué la agita, qué la hostiga? Arminio, el joven campesino, todo parece olvidarlo al percibir á la pobre fugitiva que aparenta una serenidad y hermosura indecibles en medio del desastre, y de su estrecho círculo de ideas ha salido con audacia. Ha sentido esa inspiración instantánea común al necio y al genio. Como ella hay otras llenas de belleza, que han desplegado valor en

la catástrofe, que han protegido á los suyos con exquisita abnegación,—no importa. Arminio no ve más que un solo sér y ese sér es Dorotea . . .

Otra vez el canto guerrero, ardiente y vibrador, cual jamás habían escuchado aquellos sencillos habitantes, dominando el estrépito y extendiendo sus acentos graves é imponentes sobre la desatentada muchedumbre. Le llaman el Canto de guerra del ejército del Rhin. Es más bien el canto de la tempestad; pero quién puede seguir los pasos de la tempestad?

Goethe ha creado un idilio con ese vuelto cuadro; á una emigración desaliñada y descompuesta añadió un mercaderavariento y un pastor apacible, un propietario

de este compositor y establece quizá con precisión lo que lo separa del gran maestro Beethoven. Combinaciones de acordes, combinaciones de timbre, algo que existe, sin saberse porqué, en el gusto musical de cada pueblo. Y bien! Lo que más los une son las tinieblas de la razón ó cuando nó, su organización anormal. Caliza y carbón, degenerados en perlas y diamante. Los genios han recorrido y poblado poco á poco ese yermo desierto, esa horrible soledad de la enagenación mental. Esquines y Cervantes llamaban monstruos á Demóstenes y á Lope.

Metáfora ó nó, ello es que algo extraordinario hay en esos grandes cerebros. Sus ademanes provocan la imitación inconsciente, sus impulsos llegan á ser contagiosos. En medio de una excitación cualquiera sus creaciones acuden como sombras fantásticas á la memoria, inmensa pantalla

que los coge esas caprichosas é indescriptibles imágenes. Se ve al mancebo acudir al socorro de los fugitivos y excitar con el látigo los caballos de su carruaje: se mezclan las propias impresiones y se forma un tegido que el alma apenas balbucea: una música nocturna tal vez nos distrae de nuestras meditaciones ó nos despierta de nuestro sueño y luego pasan unas tras otras las impresiones que el arte reveló: el tema repetido de tiempo en tiempo recoge esas dispersas ideas y fija la dirección del pensamiento; el canto apagado y confuso y luego dominado por el acompañamiento y el estrépito armonioso señala esas horas de turbación que todos hemos experimentado: próximo á estallar está el apasionado delirio que remedan vigorosas é intermitentes notas y un predominante trémolo: hay animadas conversaciones, en el tono que varia, en rápidas transiciones, y en la calma y dulce modulación que brota de la orquesta movida como por encanto por el ademán de un hombre y por el fuego del sublime compositor; y si en el silencio y en las tinieblas, recogido el pensamiento dentro de sí, vagan todos estos matices, se yuxtaponen estos cuadros, se agitan estas sensaciones, el ritmo pausado de los largos versos del poeta, y el modo como los comprendimos al leerlos por primera vez, son bastantes para dejar un hondo vestigio en el corazón. Porqué, no lo sabemos.

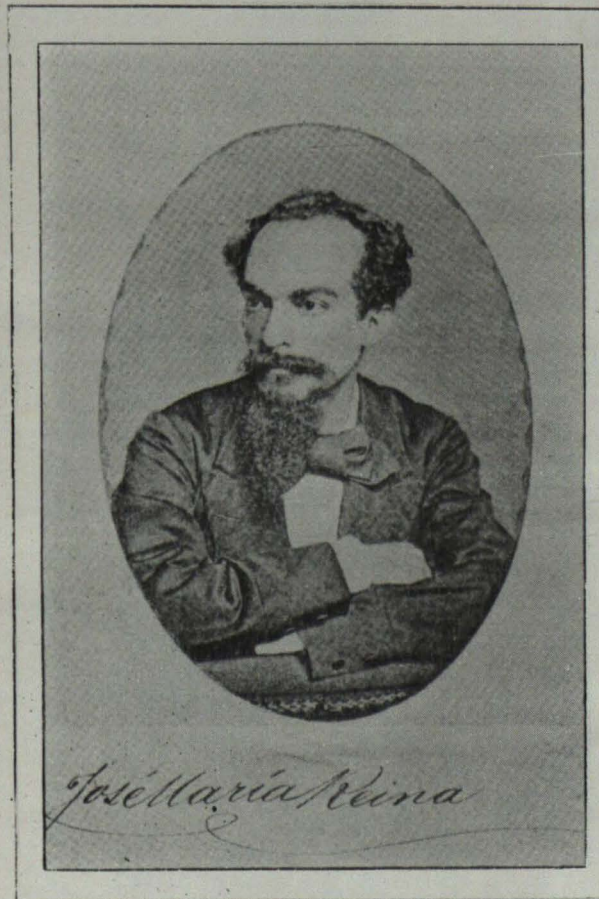
L. ALVARADO.

Southampton—1891.

NUESTROS GRABADOS

La Iglesia de la Pastora

Es uno de los más bellos edificios que adornan á Caracas, después de haber sido por mucho tiempo una iglesia casi en ruinas ó con apariencias de tal. Debido á la munificencia del Gobierno, y aún más que á ello (es de justicia anotarlo así) al empeño decidido y ardoroso espíritu religioso de su actual capellán el venerable padre Olegario Planas, tienen hoy los fieles, lugar santo en que ir á confiar sus penas y pedir mercedes al Dios de las misericordias. Si la perspectiva exterior del edificio es bella no es menos rica y adecuada su ornamentación interior; siendo de oportunidad recordar que en una de sus naves figura el cuadro de *Las Animas*, bello trabajo al óleo de nuestro malogrado pintor Cristóbal Rojas.



ignorante y una madre solícita y amorosa. Schumann agregó el relámpago de la revolución, y dejó en su puesto la escena pastoral y deliciosa, la aceptación de la predilecta por los padres del campesino. Goethe es profundo, como Beethoven, pero Schumann es amable, como Schiller. Ni dureza de metales, ni desborde en las olas de armonía que derrama. Su sinfonía en *si bemol* es una égloga. Le aplice abandonar las situaciones fuertes, por seguir su inclinación á escenas pastorales. Ya es Garcilaso, ya Virgilio, ya Teócrito. Cautiva desde la primera frase, desde los primeros compases, con el más simple motivo, suscitando continuamente recuerdos, amor, sentimientos apasionados, el ave cantando en el follaje, el arroyo que allá murmura, el rústico banco del jardín que oyó la declaración ó el suspiro, el árbol que en otro tiempo brindó su amiga sombra.

El crítico sabe hacer un análisis de la obra

José María Reina

En la primera época de *El Cojo Ilustrado*, fué este amigo muerto, su inteligente Director. Justo es que hoy le recordemos y reviva su nombre en la Revista. Poeta satírico de buena ley, es uno de los ingenios que tuvieron su buena hora de celebridad. Todavía se lee con fruición su precioso poema burlesco *La Guerra Castro-francesa*, donde chispea el aticismo y es inagotable la vía cómica. En otra sección publicamos una de sus más inspiradas poesías: *El Gallo*.

Cardinalli y Beltran

Son los dos tenores de la Compañía Leicibabaza que actúa en el Teatro Municipal. El primero es tenor de fuerza, de diapasón completo, entonación viril, y frasea con ímpetu dramático. Beltran tiene voz melodiosa, agilidad vocal, sonido puro y afinado. Ambos conocen bien el arte escénico y han oído con frecuencia los entusiastas aplausos del público.

Para la poesía

Como esta vez, trataremos siempre de que las creaciones de nuestros vates sean precedidas de una delicada composición pictórica que les dé realce y mayor encanto.

Un pordiosero

De manos del señor Tomás Michelena recibimos el dibujo original de este grabado, recomendándolo como trabajo que es de nuestro compatriota Herrera Toro. Si el pordiosero en cuestión es uno de los nuestros, ¿no recuerdan nuestros lectores haber visto tipo igual en todas partes y en todo tiempo? Enfermedad universal es la miseria, vivimos rodeado de ella, y sin embargo nuestra conmiseración es constante por quien la padece.

La Trilla

Así se llama la elegante construcción de que es propietario el señor General Crespo, y que domina una de las vistas más pintorescas de la ciudad. Es fábrica á la europea y reúne todas las condiciones higiénicas y de comodidades y belleza recomendables. La fotografía fue tomada del puente de hierro que está á su frente.

El primer duelo (Cain y Abel)

Siempre que oímos nombrar, ó vemos pintura que sea análoga á la nuestra, se nos viene á la mente aquella página grandiosa de Victor Hugo en su *Légende des Siècles*: *El ojo de Cain*. El cuadro de Bouguereau, cuya copia damos hoy, es una de las obras que mejor pintan el estado de ánimo del primer fratricida; y siendo de tal autor, ya se ve que estará demás el aplaudir nosotros la perfección y belleza de sus líneas y la admirable armonía del conjunto.

El periodista criollo

Que no sirva de enojo para nadie, pero es lo cierto que así y no de otra manera es que se componen nuestros periódicos; ni cómo se alimentarían de otra suerte los cientos de columnas que constituyen nuestra prensa diaria? Faltan entre nosotros los dos elementos esenciales que en todas partes son la vida del periodismo: los casos y las cosas. Por aquellos entendemos decir los sucesos de importancia, y por estas, el dinero con que pagar el trabajo de colaboradores á diario que sin tregua redacten todo linaje de lucubraciones; que no dan los suscriptores para tanto, pues siempre será escasísimo el número de los que pagan y enorme el de los que pegan.

Más si recortar y más recortar es el *modus operandi* de nuestros diaristas, justo es convenir en que la mayor parte tiene exquisito don para ello, y refinado

gusto. Y así, sea nuestro grabado más que de censura, de sincero aplauso para los colegas.

Las tres notas

¿Quién pudiera hacer eternas las dulces penas del colegio! Cómo se alegra el padre con la *nota buena*; cómo se nubla la faz del niño al presentar la *nota regular*; y qué bella tristeza, qué suave dolor contrae su semblante cuándo entrega la *nota mala*! Y pensar que detrás de toda falta, por grave que sea, está el sincero é inagotable perdón de un padre!

El japonés Marimoto,

célebre por sus muñecas extraordinarias.

Los japoneses muestran afición extremada á las muñecas y deformidades del rostro, siendo este gusto

un álbum de música muy selecto. ocupamos hoy dos páginas de la revista con la bella "Plegaria á la Virgen," poesía de Zorrilla, y música del notable compositor Taboada. Han de agradecerlo nuestras lectoras.

EL TOCADOR

EL SANTUARIO DE LA MUJER

Hay siempre una ó varias piezas de la casa donde la mujer imprime su marca particular,

que están hechas á su imagen física y moral.

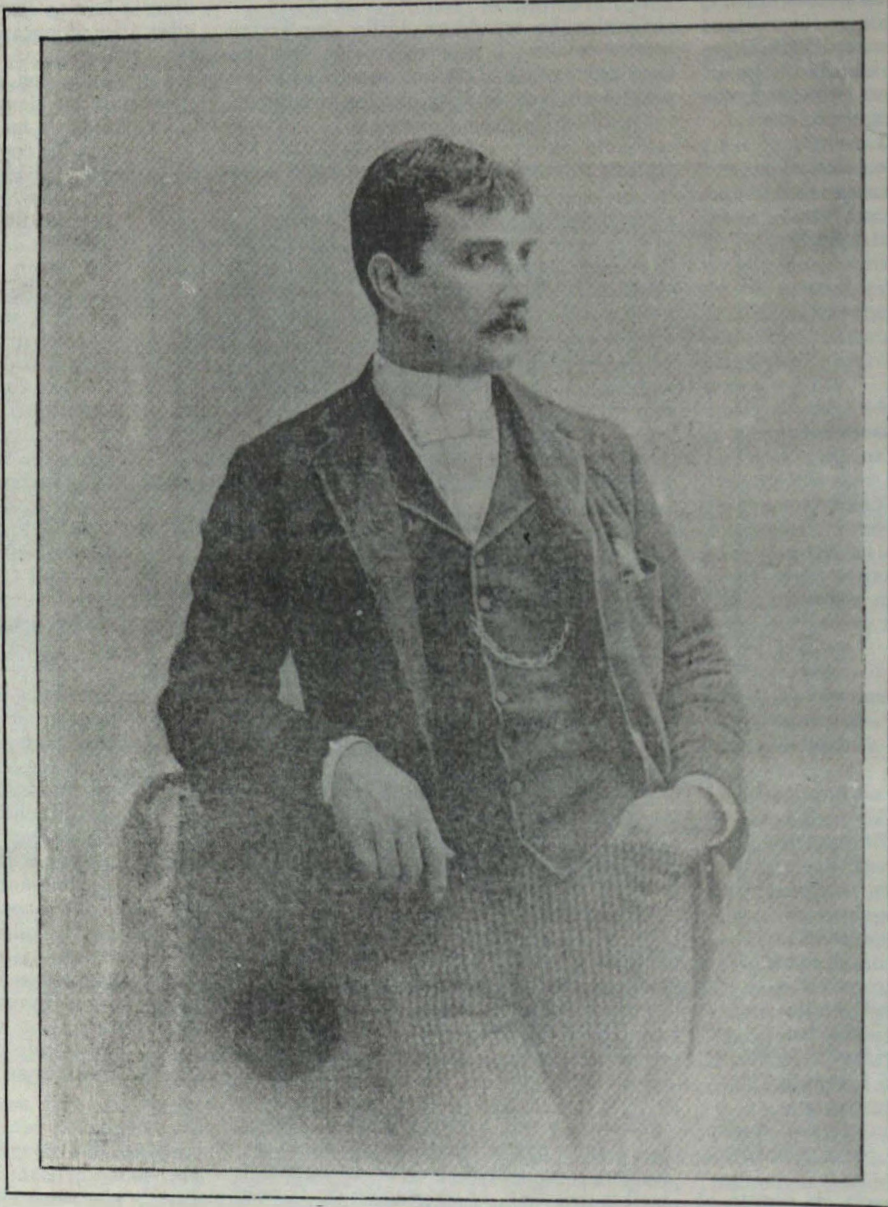
El salón, donde vive vida intelectual y artística, donde goza de la vida social en su más alta expresión: cariño, amistad, simpatía. El dormitorio, donde se concentran los recuerdos de la felicidad de su familia: ternura maternal y ternura conyugal. En fin, el tocador, el santo de los santos, donde los profanos no son admitidos y del cual ella aleja aun á los más queridos; donde la gente superficial imagina que ella se complace en la admiración de sus perfecciones, cual una Buda del cielo; donde otros piensan que se entrega á ciertas brujerías para conservarse asombrosamente joven y bella, y donde (y he aquí lo verdadero) ella medita la manera de cautivar ó retener el corazón de un hombre, cultivando sus dones físicos.

Bien se arme ella en el tocador para los combates de la vanidad ó bien para las luchas por la felicidad, defendiendo su belleza contra los ataques del tiempo y las fatigas de la vida. Es lo cierto que este lugar la revela por completo. Puede ser juoso y sin embargo, permanecer casto como el pensamiento de una joven; ó sencillo, y manifestar no obstante los recursos de infernal coquetería. Es allí donde la mujer es verdaderamente mujer, según sea su naturaleza amante ó dominante, mas es allí donde ella da todo su valor á los cuidados que el cuerpo humano reclama; allí donde á

fuerza de voluntad, llega á desembarazarse de los defectos con que vino al mundo, ó á disminuirlos, por lo menos.

No hablaré yo aquí de las mujeres que necesitan por todos aduladores, que sueñan en hacer tirar su carro por la multitud de hombres sin valor que una sola mirada atrae, de estas mujeres que extraviadas por un perverso deseo de agradar, que basan todas sus fuerzas sobre los secretos de los empíricos, marchando así seguramente á una vejez prematura y á una fealdad cierta.

Yo no conozco sino á la mujer cuidadosa en conservar el amor del escogido de su corazón, de compañero de su ruta terrena; á la mujer que pretende, juntamente, parecer seductora á los ojos del padre de sus hijos; que quiere conservar en



FRANCO CARDINALI

extraño un indicio del amor á lo grotesco, de que dan muestras en todas las manifestaciones de su arte.

Existe en la ciudad de Kioto una calle entera consagrada á teatros, cafés cantantes y barracones de saltimbanquis de todo género. En uno de estos últimos lucía, no hace mucho, sus habilidades un tal Marimoto, cuya especialidad consistía en hacer muñecas verdaderamente sorprendentes; este sujeto dislocaba los nervios de su cara de una manera espantosa, haciendo subir sus labios inferiores y su barba de tal modo que cubría con ellos la punta de su nariz, ocultando su boca entre los pliegues de las mejillas, ejecutando, en suma, los visajes más inverosímiles.

Es este el tipo que presentamos á nuestros lectores, tomándolo de *La Ilustración Artística*.

Música

En nuestro propósito de que los suscriptores de *El Cojo Ilustrado* tengan con la colección del periódico

su casa, al jefe de la familia y que pide á las enseñanzas del buen sentido, los medios de preservar, para uno sólo, los encantos con que ha sido dotada por la naturaleza. A aquella que comprende la sana coquetería, mejor dicho, la santa coquetería; la que ha sentido á Dios murmurarle al oído: Adórnate, embellecéte, para que seas delicia de los ojos y del corazón de aquél que es apoyo de tu adorable debilidad, y con el cual has de continuar la larga cadena de tus antepasados. Tu misión es agradar y encantar, tú eres el ideal en esta ruda vida del hombre, y con el cual has de pedestal en el cual te he colocado.

La mujer que esto sabe, que ha escuchado la voz misteriosa, convierte su tocador en un santuario cuyo umbral nadie traspasa, ni aun el esposo, sobre todo el esposo amado, cuando ella se entrega á las prácticas del culto de su belleza, prácticas duras á veces. Y no se crea que la mueven á ello feos secretos que ocultan, ni el temor de que se descubran sus artificios ó de que allí se pierda todo respeto; no, ella se ve obligada á observar esta severa ley de abstención, primero por un sentimiento exquisito de demencia, luego por un instinto de bien entendida coquetería.

Por muy bonita, poética y graciosa que sea la mujer, no se sustrae á la fatalidad del realismo en el procedimiento de su adorno.—He aquí un simple ejemplo: una mujer en el acto de rizarse el cabello, sus propios cabellos, lejos de parecer bella, parecerá ridícula, por el contrario. Por otra parte, las trivialidades de la existencia nos hacen siempre perder algo de nuestro prestigio á los ojos de aquellos que más nos aman. No expongamos, pues, el prosaísmo de la vida á las miradas de los que están más prevenidos en nuestro favor, pues podríamos desmerecer á sus ojos. Es inútil recordar que diosa en ciertas horas, la mujer no es en otras ocasiones, sino una buena mujercita como todas las demás.

Nuestros maridos deben ballarnos siempre frescas, dulces, bellas como una flor, pero es preciso que nos crean adornadas como los grandes lirios por magia natural y divina. Bueno es que ignoren que nuestra belleza se adquiere ó se conserva á costa de mil cuidados, que ni siquiera sospechen que poseemos los medios para embellecernos, medios inocentes, conengo en ello, pero que le harían quizá burlarse y sonreír.

Mas si es necesario reprimirse así constantemente, dirán algunas mujeres, el matrimonio es entonces una esclavitud.

El abandono, la despreocupación hacen de él un infierno.

Y qué! se observan mil cuidados, se soportan mil incomodidades y penas para formar y asegurar una fortuna y no habríamos de poner cuanto estuviere de nuestra parte para garantizar nuestra felicidad! Vosotras ordenáis á vuestros labios que sonrían, á vuestro rostro que permanezca impassible, y os sabéis conducir, en fin, para agradar á conocidos vulgares, al extraño que habéis vuelto á encontrar, al desconocido con quien os habéis codeado, y vacilarías en

adoptar los hábitos indispensables de buen gusto, para sujetar eternamente al que adorais... ó á la que (pues me dirijo á los hombres también) tiene entre sus débiles manos, vuestra felicidad y vuestro honor!

Considerad la cuestión desde este punto de vista, y la práctica de mis pequeñas reglas os será fácil y agradable, siempre que querais aprovechar los consejos detallados que voy á exponer en seguida.

Pero volvamos á nuestro asunto. Yo no me explico que una mujer algo robusta, de piernas contrahechas, de gruesos tobillos, sea tan enemiga de sí misma como para pasearse delante de su

sus defectos. Pero quizá en el fondo, vuestro marido se hallaba descontento, dado vuestro descuido en agradarle, en ocultarle vuestras pequeñas desgracias. En este particular, el hombre desea ser engañado, y no le falta razón, porque ¿qué es la vida, qué el amor sin ilusiones?

Ganas tengo de decir á la otra mitad de la humanidad que ella y menos aún que el bello sexo, tampoco sabe conservar el prestigio que con frecuencia le da el sencillo amor de una novia, y que la irreflexión que al hombre distingue en tales circunstancias es de todo punto culpable.

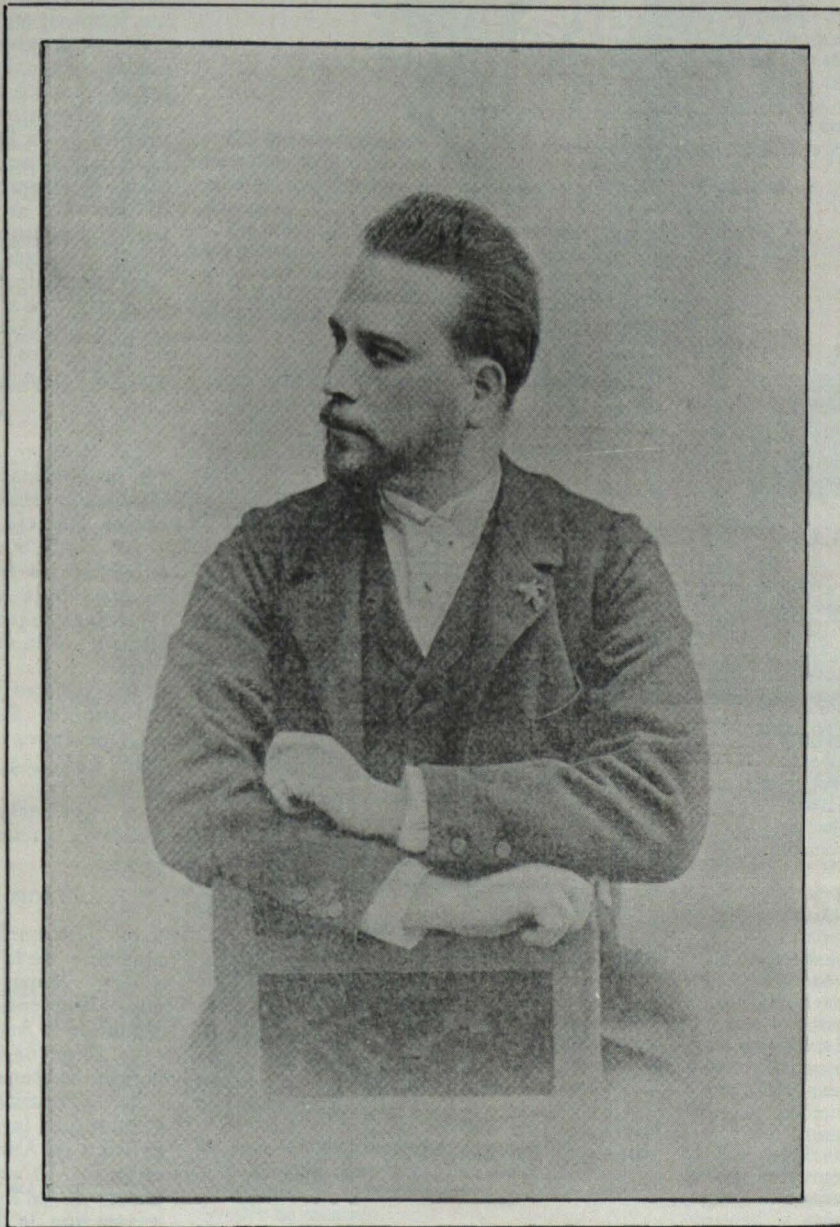
Es pues necesario, poner siempre cuanto esté de nuestra parte, es decir, no excusar sacrificios, tanto, ó más quizá, para conservar como para obtener. Lo que se refiere así á la felicidad que se desea como á la que ya se ha obtenido. Voy también á hablar de los dones de la naturaleza y de los que hemos adquirido.

Tengo el convencimiento que, desde este punto de vista, el libro que he escrito podrá ser útil á las mujeres virtuosas que deseen ser felices y, lo que es más, hacer feliz al hombre entre todos preferido.

El sexo fuerte encontrará aquí igualmente—al menos así lo espero—más de una indicación útil y provechosa y, si bien es verdad que me he detenido en el umbral del santuario femenino, yo, sin embargo, he penetrado en el retiro donde él se *hermosea y acicala* por más exento de coquetería que quiera presentársenos.

Por lo demás yo no puedo menos de aplaudir el interés que se toma en cuidar de estos dones, si poco delicados no por eso menos reales, con que la generosa naturaleza le ha dotado.

BARONESA STAFFE.



ENRIQUE BELTRAN

marido con enaguas cortas. Después de ofrecerle este espectáculo, tendrá valor de molestarse si su marido se complace en seguir con la vista las elegantes y flexibles ondulaciones de una mujer esbelta y delgada.

He visto una mujer arreglarse por medio de un cordón grasiento sus cortos y escasos cabellos, de tal modo que tenían el aspecto de una feísima colilla, algo así como una brocha. Pues esta misma mujer se quejaba después de la admiración que solía manifestar su marido cuando veía una larga y abundante cabellera.

Por Dios ¡señora! ¿por qué no disimulabais vuestros defectos? ¿Era esto mentir? No, pues que una no está en el deber de hacer conocer

—*Wagner en caricaturas.*—El célebre humorístico Grand-Carteret ha reunido en elegante libro más de cien caricaturas francesas, alemanas, austriacas, inglesas, etc., que se refieren al reformador musical, á su obra y á los intérpretes de ésta. Esta sátira en imágenes, comentada y explicada, forma una galería original de grande interés histórico para los aficionados, al mismo tiempo que un museo burlesco y divertido.

—*Nueva Geografía Moderna.*—Mr. de Vagrigny, viajero y naturalista de nota, acaba de publicar una Geografía que es el término medio entre los manuales de las escuelas y la gran obra de Reclus. Esta obra dá á conocer con exactitud y

BIBLIOGRAFIA

NOTA.—En esta sección nos proponemos reseñar en pocas líneas aquellas obras nuevas, nacionales y extranjeras, que ameriten ser conocidas por su interés general. La Dirección de EL COJO ILUSTRADO hará también el análisis imparcial de las que le sean remitidas por sus autores.

gran copia de datos la tierra que habitamos y sus diversos pobladores, y es muy propia para aquellos que no tienen tiempo ni voluntad para consultar libros de mayores magnitudes.

—*Historia Griega e Historia Romana* por Hassoullier y Parmentier.—Estos dos volúmenes forman parte del curso de Historia Universal de Mr. Duruy, refundido y puesto al corriente de los nuevos descubrimientos bajo la dirección del publicista Mr. Lavissee. Las obras de Duruy no necesitan recomendación.

—*Plagios bíblicos*.—Su autor firma bajo el seudónimo de San Patricio. Este curioso libro comprende dos estudios: el brahmatismo de Moisés y el budismo de Jesucristo.

—*El Socialismo Moderno*, por Mr. M. Block.—“A los que se jactan de poder reedificar el mundo bajo mejores condiciones, puede convencerseles con suma facilidad de su propio error.” Es á estos á los que se dirige el pequeño pero interesante libro de que damos noticia.



LA VENTANA ABIERTA

[DE LONGFELLOW]

CREPUSCULO

[DE LONGFELLOW].

Huyó el sol, y del seno de la noche lentamente descendían las tinieblas, cual las plumas que un águila en su vuelo deja á veces caer sobre la tierra.

Al través de la lluvia y la neblina se ven brillar las luces de la aldea, y en mi alma penetra, y cruel la oprime, un vago sentimiento de tristeza;

Tristeza y ansia, indefinible anhelo que no llega al dolor, mas lo remeda, y se parece á él como á la lluvia la neblia en lontananza se asemeja.

Venid á mí! Leedme una balada fruto del corazón, sencilla y tierna, que calme esta ansiedad en que me agito, y haga olvidar la lucha y la faena.

No la busquéis en los antiguos bardos, ni en los grandes aedas y poetas, cuyo acento sublime se dilata del tiempo por las bóvedas inmensas;

Que como ecos de músicas marciales sus altos pensamientos me recuerdan la incesante batalla de la vida, y hoy reposo no más la mente anhela.

Algún humilde trovador prefiero, cuyo canto brotó del alma enferma, cual se escapa la lluvia de la nube, ó la lágrima amarga al suelo rueda;

Algún que tras rudos sinsabores, y noches de quebranto y de tristeza, haya sentido una armonía celeste dentro del alma resonar serena!

Tales cantos el pecho conmovido por interna inquietud pronto sosiegan, cual bendición del cielo descendida después de la oración ferviente y tierna.

Escojed del volumen peregrino la poesía más dulce y más ingenua, y prestad de la voz todo el encanto á los ritmos alados del poeta.

Poblada de divinas melodías la noche entonces vibrará; y las penas, cual los hijos errantes del desierto, á no volver levantarán sus tiendas!

LUIS LÓPEZ MÉNDEZ.

En medio de los tilos, silenciosa la antigua casa está,

y en la senda cubierta de guijarros las sombras y la luz se ven temblar.

De par en par abiertas las ventanas entrada al viento dan;

mas los rostros amables de los niños no resplandecen en las sombras ya.

El perro de la casa, el fiel amigo, junto á la puerta está, buscando sus pequeños compañeros que ya á jugar con él no volverán.

No los miro correr bajo los tilos ni en el salón jugar.

¡Tinieblas y silencio por doquiera! ¡Tinieblas, y tristeza, y soledad!

Los pájaros entonan en las ramas melodioso cantar; mas las célicas voces de los niños sólo en sueños á oírse volverán.

Y el mozo que mis pasos acompaña no alcanza á penetrar por qué su mano entre la mía le estrecho con tanta angustia, tan intenso afán.....!

LUIS LÓPEZ MÉNDEZ.

CONGRESO INTERNACIONAL

DE AMERICANISTAS

El último Congreso Internacional de Americanistas, que se reunió en París, dispuso que fuera el Gobierno español el que señalara el punto donde había de tener lugar su próxima sesión. Este ha designado el convento de Santa María de la Rábida (Provincia de Huelva) para la novena sesión del Congreso, que tendrá lugar del 1.º al 6 de octubre de 1892.

Las siguientes son las cuestiones que figuran en la orden del día de la sesión de la Rábida:

HISTORIA Y GEOGRAFÍA

- 1.º Sobre el nombre *América*.
- 2.º Últimas pesquisas sobre la historia y viajes de Cristóbal Colón.

3.º De la influencia producida por la llegada de los Europeos sobre la organización de las comunidades indias de la América del Norte (confederación de las siete naciones, etc.).

4.º ¿Qué modificaciones ha producido el contacto con los Europeos, en la organización social y política de las poblaciones de la región andina? Densidad de la población, antes y después de la conquista española.

5.º Tomando como término de comparación las estadísticas levantadas por orden de los vi-reyes y los últimos censos tomados por el Gobierno peruano, ¿podrá aplicarse con igual rigor á la América latina que á la América Anglo-sajona, la ley de la disminución gradual de la población indígena por el contacto con los blancos?

6.º ¿Permiten los últimos descubrimientos hechos en las grandes necrópolis de la caverna del Amazonas y del Río Tocantín (Islas de Marap, etc.) inferir la existencia de una raza anterior, distinta del indio actual, y que hubiera alcanzado un grado de civilización relativamente avanzado?

7.º Estudio de los documentos cartográficos relativos al descubrimiento de la América hallados recientemente, y clasificación de los mismos de acuerdo con los informes que los hayan inspirado.

ARQUEOLOGÍA

1.º Señalar las analogías que existan entre las civilizaciones precolombianas y las civilizaciones asiáticas (China, Japón, Camboja, Malacia, Caldea y Asiria.)

2.º Dar á conocer los más recientes descubrimientos hechos debajo de la *Maund boulders* de la América del Norte, y las inferencias que pueden hacerse de ellos, relativamente á la civilización de sus constructores.

3.º ¿Cuáles son las antiguas poblaciones del istmo de Panamá que dejaron la colección cerámica que se encuentra hoy en el *Yale College* y en el *Smithsonian Institute*, etc.?

4.º Qué relación pueden tener entre sí las distintas vasijas de barro de la América?

ANTROPOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA

1.º Nomenclatura de los pueblos y poblaciones de la América antes de la conquista. Mapas etnográficos precolombianos. Elementos étnicos del extremo meridional de la América.

2.º Nuevos descubrimientos relativos al hombre cuaternario americano.

3.º ¿Permiten los estudios craneológicos afirmar que las razas americanas actuales existían en América desde el período cuaternario (*diluvium*), y que la forma del cráneo de los hombres de estas razas era la misma que la del de los Indios de hoy, ó sea los oceánicos?

4.º ¿Cuáles son las primeras inmigraciones de razas extranjeras en América, de que tengamos conocimiento?

5.º Penetración de las razas africanas en América, y especialmente en la del Sur.

6.º ¿Existen en los Indios de la América en general, y en particular en los de la costa noroeste, rasgos distintivos que indiquen alguna afinidad con las poblaciones asiáticas?

7.º Los Esquimales y sus mestizos.

8.º Ritos funerales de la América, antes y después de Cristóbal Colón.

9.º Escrituras figurativas de la América y en particular de su distribución geográfica.

109 Distribución etnográfica, y posesiones territoriales de las naciones ó tribus indígenas de la América en el siglo XVI, y en nuestros días.

LINGÜÍSTICA Y PALEOGRAFIA

10 Principales familias lingüísticas de las hoyas del Amazonas y del Orinoco.

20 Diferencias que hay entre las lenguas de las costas y las de las montañas del Perú. ¿Hay alguna analogía entre las primeras y las de la América Central?

30 ¿Pertenecen el Quechua y el Aymara á la misma familia?

40 ¿Tienen los idiomas de la costa occidental de la América alguna afinidad gramatical con las lenguas polinesias?

50 ¿Son la composición y la incorporación del pronombre personal ó del nombre regido, procedimientos comunes á la mayoría de las lenguas americanas?

60 Orígenes de las terminaciones del plural en el Nahuatl y otros idiomas congéneres.

70 Persistencia de los caracteres y formas de los dialectos de las lenguas que se hablan en América (español, inglés, francés, portugués, y holandés) por los descendientes de los colonos europeos, según las provincias de su origen.

80 Estudio de las lenguas que están formándose en América.

AL GALLO

A MI AMIGO, GENERAL IGNACIO PLAZA

Como el señor oriental
Rodeado de concubinas,
En medio de las gallinas
Te ostentas en el corral.

Y el poderío revelas
Con soberbio continente
Por tu cresta y pico ardiente
Y tus agudas espuelas.

Cubre tu arrogante pecho
Donde se alberga el coraje,
Terso, lujoso plumaje
En mil colores desecho;

El penacho de tu cola,
Curvo como alfanje moro,
Con visos de grana y oro
La luz del sol tornasola.

Y en tus pupilas radiantes
Vibra eléctrica la llama
Del fuego que se derrama
Por tus nervios palpitantes.

La historia de tu vivir
Cual de antiguo caballero,
Se reduce á este letrero:
—*Amar, cantar, combatir!*

En el amor eres tal,
Que amas á un tiempo y cortejas
Á las pollas y á las viejas
Con afecto siempre igual.

Y ¡ai del audaz que invadir
Pretendiere tu serrallo;
Que allí cantará otro gallo
Cuando dejes de existir.

Como en los mares el faro,
Tu canto es el mensajero
Que anuncia al triste viajero,
Próximo lugar de amparo.

Que jamás donde se oyó
Fue sitio de soledad:
Tú amas la sociedad
Y el hombre su hogar te dió.

Pluguiera que su malicia
No explotara tu valor,
Echándote gladiador
Al circo de la codicia!

No entonces por la vil suma
De oro en bulliciosa fiesta

Tronchara tu erguida cresta
Ni tu reluciente pluma;

Ni al compás de la pelea
Loara, fiero, tu arrojo
Viendo el suelo tinto en rojo
Con tu sangre que gotea.

Y luego como los hombres
Siempre dan de lo que son,
Triunfador tienes renombres,
Vencido su maldición.

JOSÉ MARÍA REINA.

VANITAS VANITATEM

(RECUERDOS DE NUEVA YORK)

No hay sér humano que no haya tenido, en el transcurso de la vida, incidentes más ó menos dramáticos, más ó menos originales, más ó menos ridículos.

La mía está llena de esos incidentes, abunda en episodios de todo género, cuyo recuerdo está como estereotipado en mi memoria.

Voy á referir sencillamente uno de ellos, con el solo objeto de matar el tiempo, como suele decirse.

Allá en el año de..... ¿Qué importa el año? Basta decir que fué aquel un año aciago.

Elo es que, víctima de extraña rapacidad, me hallaba sin pan y sin trabajo, y que, amenazado de muerte por el hambre, tuve que abandonar el patrio suelo.

Yo no vivía, porque aquello no era vivir, y tuve á bien darme por muerto:

Y me fui á Nueva York á sepultar mi cadáver.

Al desembarcar, me dirigí á la oficina del señor Dr. Antonio Hernández, cumplido caballero y buen amigo mío que, graciosamente, dejó su bufete para estrechar mi mano.

Pintábele yo el cuadro de mis cuitas, cuando se le acercó un caballero y le habló de un asunto cuya magnitud pude colegir de las cifras enormes con que engalanaba su discurso.

Tuvo Antonio la humorada de presentarme á aquel caballero, lo cual hizo en estos términos:

—“El señor Breca, amigo mío, que viene de Venezuela á buscar negocios en Nueva York.”

¿Buscar negocios? me pregunté á mí mismo. Aquello me pareció un sarcasmo.

Y Antonio, sin mirar á mi sorpresa, añadió luego con voz tranquila, mostrándome la persona de su amigo:

—“El señor Wild, respetable banquero.”

Hízome éste un saludo lleno de dignidad, dándome la mano.

Yo estaba estupefacto.

Siguieron á la presentación, como es usual, esas frases de cortesía que el mundo emplea para mentir con descaro; y yo, entre tanto, procuraba mostrar el desembarazo que las circunstancias pedían.

De aquí, que aquel caballero me tomara por persona decente, esto es, por persona acomodada. Quedé solo, muy luego, con Antonio.

—¿Cómo le dices tal mentira á ese señor!

—No he mentido.

—¿Cómo no, si yo vengo á que me entierren, porque no soy sino un cadáver, y tú le dices?....

—Vienes á buscar trabajo, y eso es buscar negocios. Por otra parte, el espíritu del siglo pide cierta altivez bajo la cual queda oculta la pobreza. En este país, como en el mundo entero, la apariencia es un capital; y para abrirse camino, es forzoso que cada cual se estime, por lo menos, en cincuenta por ciento más de lo que vale. Si dices que eres pobre, estás perdido.

No me pareció que aquella doctrina carecía de exactitud, sino que, por el contrario, resumía la mezquindad del corazón humano.

Hallé trabajo siete días después de mi arribo á aquel emporio de riqueza, que será mañana la primera y principal ciudad del Universo, porque tal ha de ser el rango que le corresponda, cuando una sola bandera ofrezca sombra amiga al mundo de Colón, y cuando el continente viejo tenga que

inclinarse humilde, ante la preponderancia del nuevo continente, rico de vida y de esperanzas.

Sí, la América será un día la Capital del mundo, porque en América la Libertad tiene altares y trono la Justicia; porque en América es religión la Democracia y dogma la Igualdad; porque la América sabe que la libertad del mundo es su destino.

Siete días después de mi llegada, digo, hallé ocupación en una casa de negocios, por tan módico estipendio, que bastaba apenas á cubrir el humilde presupuesto de mis gastos.

Sea como fuere, tenía trabajo.

Y el trabajo modificó las ideas fúnebres que bullían en mi cerebro.

¡Cuán feliz habría sido, sí, allí conmigo, hubieran estado todos los seres que llenaban mi corazón y absorbían mi pensamiento!

Recibía los sábados la paga correspondiente á la semana de trabajo, y de aquel dinerillo, pagados mis gastos, solía quedar reducido número de centavos que empleaba en alimentar dos de mis más pequeños vicios: el café y el cigarrillo.



UN PORDIOSERO

En efecto, desde mi llegada á Nueva York, contraí la costumbre de visitar, antes de recojerme, un *restaurant* donde tomaba, por cinco centavos, una taza de café.—Llegaba, y me servían; pagaba, y me volvía á mi casa, esto es, á un cuarto en un primer piso, contando de arriba para abajo. Mi habitación estaba más cerca del cielo que de la tierra.

Sucedió, pues, que un sábado, el quinto ó sexto que pasaba en Nueva York, satisfecho el hospedaje, remunerada la mujer que lavó mis ropas, pagado el remendón que reparó mi calzado, me quedaba la suma de diez centavos! Salí á la calle.

Animadísima estaba la ciudad, semejante á un hogar inmenso en que reinaran el contento y el bullicio.

Yo no participaba de aquella animación, de aquella alegría, aunque la alegría, comunicativa como la fiebre, pasa de uno á otro, sin que pueda evitarse el contagio.

No! Yo no podía sentir placer en el ánimo.

Veía que los obreros, los trabajadores todos, ya solos, ya con la compañera de la vida, compraban en las tiendas los menesteres para la familia, la ropa ó los juguetes para los hijos.

Y aquello me hacía daño, porque yo no podía comprar nada para los hijos de mi alma!

Vamos! me dije, sacudamos la tenaz melancolía de mi espíritu, y vamos á dar inversión á este capital que llevo conmigo.

Bebamos y fumemos!

El café dará fortaleza á mi cerebro, y el humo del cigarrillo, subiendo en espirales caprichosas y desvaneciéndose sin dejar rastro, será, á mis ojos, la imagen de las grandezas del mundo.

Una cajetilla de cigarrillos, cinco centavos, y otros cinco una taza de café..... puedo afrontar el gasto!

Vamos á la tabaquería y al *restaurant*.

Y entré á un salón donde se venden tabacos y cigarrillos de todo precio.

Después de aquel desembolso que reducía á cinco centavos mi capital, extraje de la cajetilla un cigarrillo que torcí repetidas veces.

Mi atención estaba fija en el caballero de los tabacos habanos.

Reconozco esa voz, me dije, me parece haberla oído alguna vez: pero no recuerdo cuando, ni donde, ni en qué circunstancias.

Yo miraba al hombre, y el hombre me miraba. Y llegué, por fin, á dirigirle la palabra.

—La salud ¿bien?

—Muy bien, gracias!

—Y ¿negocios? ¿Se ha fijado ya en alguno?

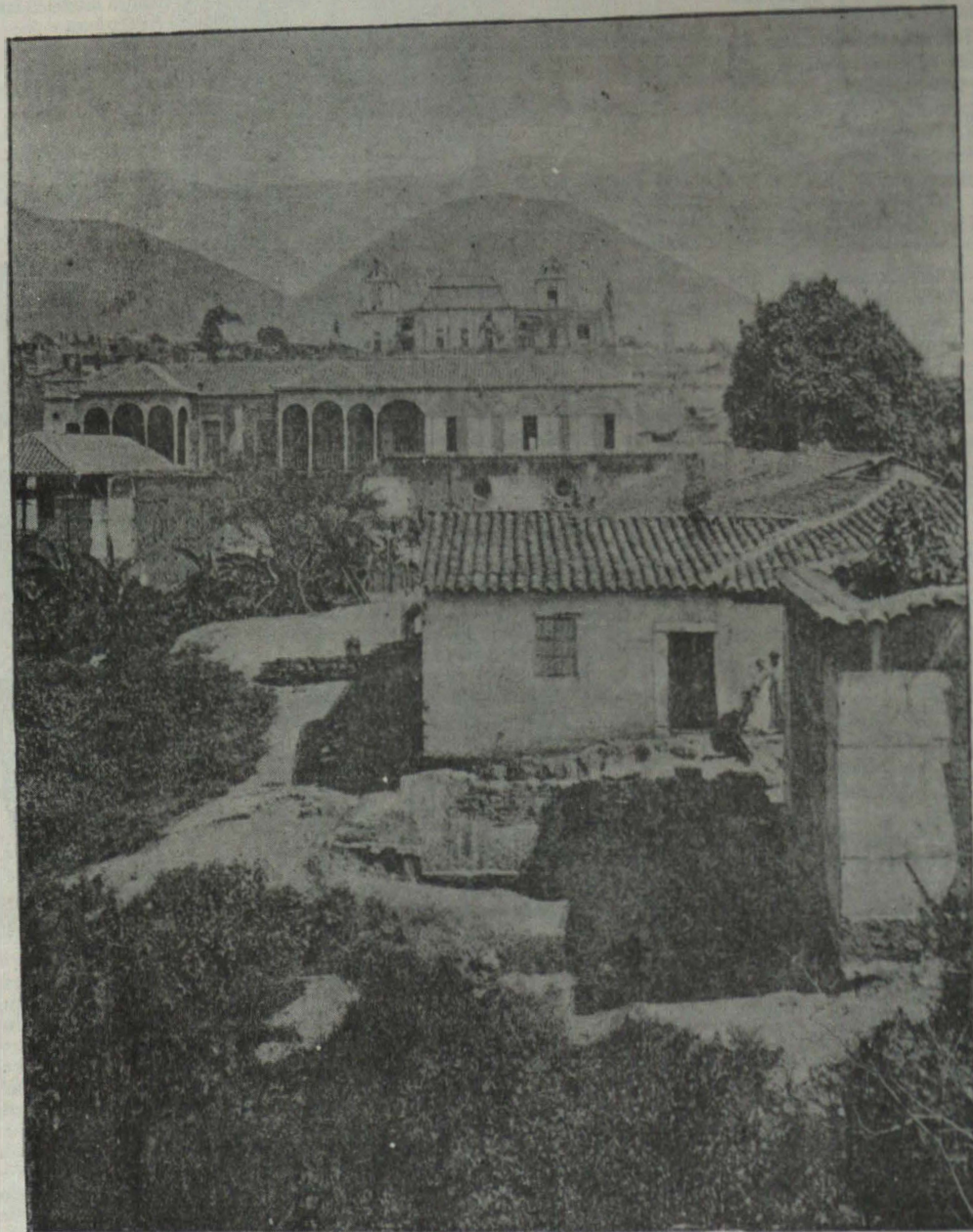
Ya iba á decirle que no tenía ninguno, cuando lo recordé lo que Antonio le había dicho.

—Ah! Si, señor! me he fijado.

—No podía ser de otra manera: aquí hay negocios para todos los capitales.

—No queda duda, le dije con aplomo.

Y haciéndole una cortesía, me despedí mani-



LA TRILLA

—Deme usted una cajetilla de cigarrillos.

—¿De la Habana?

—De Connecticut, le dije en voz baja al vendedor, acercándome para que no me oyeran un caballero que acababa de comprar tabacos habanos y conversaba con el dueño del establecimiento: yo no quería que aquel caballero supiera que yo fumaba los abominables cigarrillos de cinco centavos.

Ful despachado, y pagué de una manera cautelosa: yo no quería que aquel caballero viera que yo guardaba en mi bolsillo las más humildes y más sucias piezas del tipo monetario.

—Caballero, le dije, hágame usted el favor de perdonarme si estoy equivocado. La fisonomía de usted no me es desconocida, pero.....

—No está usted equivocado, me contestó con afabilidad. ¿No es usted el señor Brecá?

—Ese es mi nombre.

—Nos conocimos en la oficina del Dr. Hernández cuando vino usted á establecerse en esta ciudad.

Estas palabras iluminaron súbitamente mi memoria.

—Sí, me apresuré á decirle, recuerdo bien ahora.....

testándole que tenía que ir allí cerca, á tomar una taza de café, mi bebida favorita. Si usted gustaba..... añadió con timidez como queriendo no ser oído.

—Ah no! Gracias! Nunca tomo café..... pero, en fin, para acompañarlo, tomaré brandy.

Esta no más me faltaba, dije para mí. ¿Brandy? Me zumbaron los oídos. Sentí vértigos.

Y una voz interior me mandaba manifestar á aquel caballero el error en que estaba al creerme capaz de ofrecerle, no digo una copa de brandy, ni una taza de café.

Y otra voz, la voz de la vanidad, me aconseja



EL PRIMER DUELO (CAÍN Y ABEL)

al mismo tiempo que apareciera á sus ojos, no como hombre destituido de recursos, sino como hombre de negocios, como hombre de empresas.

—¿Tomamos brandy? me preguntó el caballero interrumpiendo mi soliloquio.

—Desde luego, me apresuré á contestarle, siguiendo los consejos de la vanidad.

—Pues andando!

Y con él me encaminé al restaurant vecino.

No sé cómo no vió la preocupación que me dominaba; yo iba como quien va al sacrificio y debí de tener cara de víctima.

Llegábamos ya á la puerta del restaurant, cuando acertó á pasar un individuo que saludó con cariño á mi victimario.

—Eh viejo amigo! le dijo éste, ven acá, que voy á presentarte á un amigo nuevo.

Detúvose aquel, y mi convidado me introdujo galantemente á su conocimiento, significándole que yo acababa de establecerme en Nueva York.

Y luego, añadió con encantadora familiaridad.

—El me ha invitado á un trago, y como un convidado convidado á ciento..... ¿no es así, señor Breca?

—Sin duda! repuse sintiendo en el corazón el frío de la muerte.

Y juntos entramos al salón del restaurant, lleno de gentes en aquel momento, y á cuyo fondo había cuatro ó cinco billares, todos en ejercicio.

Tomamos asiento al rededor de una mesa de mármol, y muy luego, sin haberla pedido, me fué servida mi habitual taza de café negro.

—Y ¿nuestro brandy? preguntó el señor Wild.

“Brandy para estos caballeros” dijo al criado con voz tan apacible que más bien parecía voz de súplica que voz de mando.

Sirviéronse las copas, y aquellos bebían y bebían y hablaban de negocios.

¿Con qué pago todo esto? me preguntaba á mí mismo. Decir: “pagaré mañana,” era buscar un chasco en una casa, donde, á lo sumo, habría tenido crédito por el valor de una taza de café, única cosa que había estado tomando durante unas pocas semanas.

Y entre tanto, puse el contenido de la azucarera en la taza de café, que así, y todo, tenía la amargura de que estaba llena mi alma.

Fumaba un cigarrillo tras otro cigarrillo, y tomaba á sorbos mi café, á fin de hacerlo duradero, y las copas se renovaban y la conversación de mis compañeros se hacía interminable.

Yo me había aislado, como distraído, mirando intencionalmente desde mi asiento, á los jugadores de billar, sin tomar parte en aquella conversación cuyo tema no era otro que la Bolsa y los valores y los cambios.

—Observe! que usted mira tenazmente hácia el billar, sin tomar interés en el asunto de que tratamos, me dijo el señor Wild.

—Mi buen señor, le contesté, dándome importancia, pido á usted perdón, pero yo tengo mi sistema: el día, para los negocios; la noche para el billar, para las distracciones.

—¿Le gusta á usted el billar?

—Con locura.

—Pues vamos á echar una partida.

Luminosa idea cruzó entónces por mi mente.

El valor del brandy consumido, me dije, no baja de un par de pesos, y probablemente el amo del restaurant va á avergonzarme porque no puedo pagarle esta pequeña suma. Y á fé que tendrá razón. Pues bien! Si ha de injuriarme por dos, que me injurie por ciento. Hagamos crecido gasto, que la vergüenza será menor, cuanto mayor sea la suma por la cual se me niegue crédito.

Juguemos! le dije resueltamente, pero no por razón de gusto. Juguemos el champafia para todos.

Enhorabuena! Disponga usted, pues, que venga el delicioso licor, por cuenta y riesgo de quien corresponda.

encuentra nunca hazaña en el triunfo del fuerte contra el débil.

La opinión llegó á manifestarse de tal manera, que desconcertó á mi contrario.

Y yo jugaba con todo el esmero, con toda la atención, con todo el interés de quien al juego ha apostado honra y vida: todas mis potencias, todos mis sentidos, todas mis facultades estaban á contribución en aquella partida.

La voz del coime interrumpió el silencio.

—“Mesa!” dijo al hacer yo los puntos que me faltaban para alcanzar el triunfo, y aquella palabra resonó en mi alma como canto de victoria.

Amostizado quedó el banquero; pero su cólera era la del hombre educado, cólera que no se ve, sino que se adivina.

—¿Otra partida? me dijo con forzada sonrisa.

—No, le contesté, ya es tarde.

Hízome galantes cumplidos y pagó el gasto hecho.

—Yo no puedo sentirlo, le dije.

El insistió, y yo fingí resignarme.

Ahorré, desde luego, los cinco centavos de la taza de café. ¡Qué ahorro tan lleno de amargura!

Y todo ello, á causa de la vanidad, como si la escasez fuera motivo de vergüenza, como si fuera crimen la pobreza.

Motivo de rubor debiera ser la riqueza cuyo origen bastardo es afrenta perdurable.

J. J. BRECA.

CIENCIAS

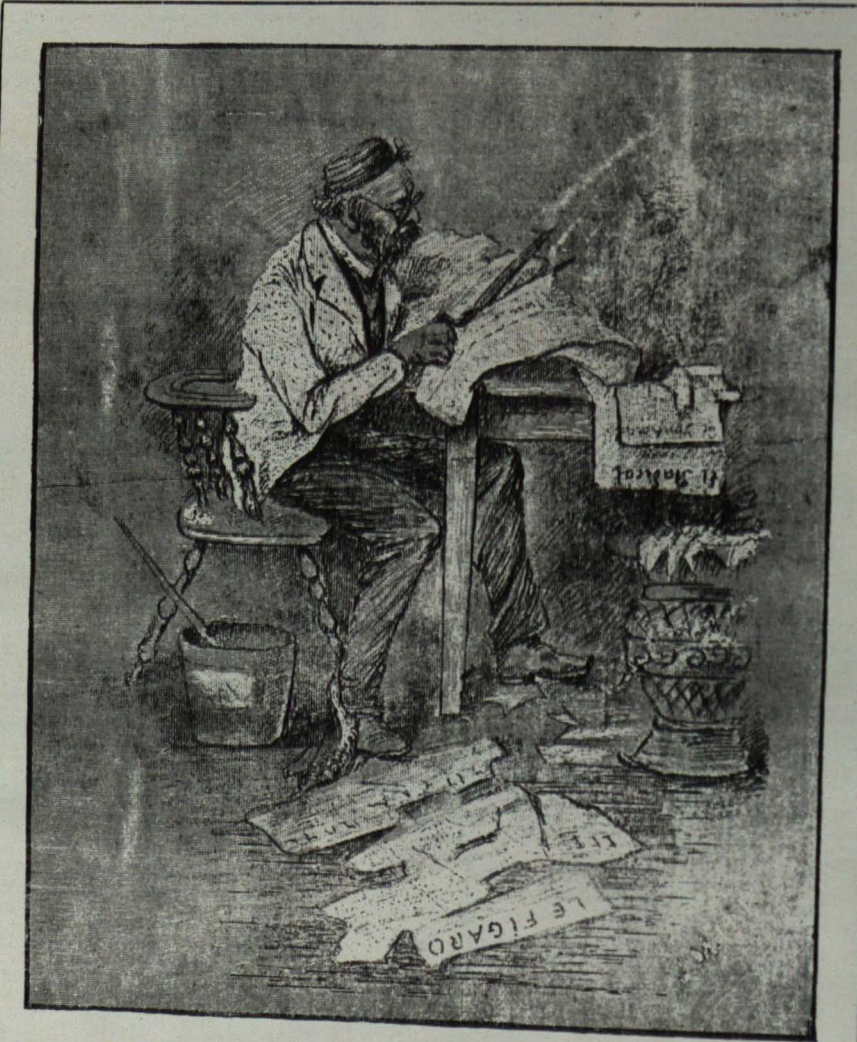
NUEVOS DESCUBRIMIENTOS PALEONTOLOGICOS

HECHOS EN PATAGONIA

El número de las especies mamíferas fósiles, descubiertas por los señores Fl. y Ch. Amaghino y Moreno en el coseno inferior de la Patagonia Austral, sube ya á más de 300; es pues esta fauna una de las más ricas que se conocen. Entre los tipos más notables, descritos recientemente por el señor Florentino Amaghino, distingue un verdadero

mono (*Homunculus patagonicus*), que es el más antiguo que se conoce. A pesar de su reducido tamaño, que puede compararse con el de las especies más pequeñas del títí (*Cebus*), su quijada inferior, sobre la cual según el señor Amaghino se funda este género, presenta caracteres muy elevados.

Los insectívoros, que actualmente faltan por completo en la América Meridional, están representados en el mismo yacimiento por un nuevo tipo (*Necrolestes patagonensis*) que se asemeja mucho á los *Chrysocoris* africanos. — Los *Plagianlacoidea*, y demás tipos parecidos, son numerosos, y junto á ellos vienen á colocarse el representante de una nueva familia, ó sea el género *Garzonía*. — Encuéntrase además en estos



EL REDACTOR DE PERIODICO

—“Champafia!” grité con toda la desfachatez de quien, amenazado de muerte, quiere vender cara la vida.

Yo me propuse dar alto precio á mi vergüenza.

Tras las detonaciones de las botellas, circulan las copas.

Y, principiada la partida, en medio de profundo silencio, mi contrario me observó que yo jugaba con una sola mano.

—Ciertamente, le dije, porque solo tengo una.

—Ah! ¿Es usted manco?

—Soy manco.

Y jugó por tal razón con descuido: mi caballero contrario, dándome voluntariamente esta ventaja.

Era aquella una extraña partida en la cual me fué favorable el voto de los concurrentes: la debilidad tiene sus fueros y sus partidarios.

Yo sabía que aquella partida no podía ser de honra para mi contendor, porque el público no

mismos banales, unos carnívoros, tan parecidos á los Dasinreos actuales de Australia, que el señor Ameghino no se vacilaba en clasificarlos entre la misma familia (*Thylacynidae*), con los nombres de *Prothylacynus*, *patagonicus*, *Protopoviverra*, *Petherentes*, etc. Cerca de ellos vivían algunos Creodontes (*Dynamictis*, *Codonictis*, *Ictioborus*, *Anatherium*, *Sipalocyon*) tan íntimamente relacionados con los anteriores, que podría considerárseles como Marsupiales. Estos nuevos tipos pondrán en plena claridad las relaciones, más estrechas de lo que se había supuesto hasta ahora, que existen entre todos los carnívoros, ya sean estos Mono-delfos ó Didelfos. Los Ungulados y los Desdentados del mismo

trado un abogado que le defendiera, habría pasado á la historia como un buen muchacho, incapaz de hacer mal á nadie, aunque un poco atolondrado y quisquilloso.

Pero en aquellos tiempos estaban las ciencias muy atrasadas: no se había descubierto esa alquimia, llamada el derecho, que sirve para hacer blanco lo negro.

Los mordiscos, pues, nacieron en el Paraíso, y sus efectos comenzaron á sentirse allí mismo.

No hay mal más antiguo, y sin embargo no hay cosa que sorprenda más.

Los hombres miserables que son, sin duda, los más sabios, han empleado toda su ciencia en precaverse de ellos y no lo han logrado.

No hay un peligro que nos amenace por más variados caminos que un mordisco. Es un enemigo disfrazado que nos acecha entre sombras.

¿Quién puede temer que un abrazo, una sonrisa, un saludo reverente, una atención ó un elogio, sean otros tantos lazos tendidos á nuestro bolsillo?

En un día de duelo os acompaña un hombre cuyo afecto no habíais medido bien: llora sobre el cadáver de vuestro deudo, es el primero en cargar sobre sus hombros el pesado ataúd, y el que arroja la primera palada de tierra entre la huesa.

Quién lo pensara! todo eso no es más que una red tendida á vuestro alrededor, de que no podréis escapar. — Detrás viene el mordisco.

Un amigo os obsequia con un espléndido banquete. En un discurso levanta vuestras cualidades á las nubes—no ha conocido otro hombre más noble, ni amigo más cabal!—La copa de champaña se apura por la felicidad de vuestro hogar.

Quién lo creyera! dentro del champaña estaba el tósigo—detrás del obsequio viene el mordisco.

Le encontráis parecimiento á una persona que habéis visto otra vez: no lo reconocéis, pero él os ha conocido á una cuadra de distancia; os abraza, os pregunta por la familia, adivinando que la tenéis; y después de todo, os cuenta una historia de calamidades, os pinta una situación angustiosísima; os llama su providencia, ó el árbitro de la providencia para sacarlo del apuro en que se encuentra.

En una palabra, os pone el dogal y lo va apretando con un tortol.

Resultado—Un mordisco gordo.—Pero tendréis la satisfacción de haber hecho un gran favor á un hombre en desgracia.

Mentira!—Le habéis desquitado de la pérdida que hizo la noche anterior en el juego; le habéis dado nuevo capital para seguir su



NOTA MALA

yacimiento son igualmente interesantes.— Todos estos restos fósiles han sido descritos y representados, ó lo serán, en la *Revista Argentina de Historia Natural*, que bajo la dirección del señor Fl. Ameghino se publica en Buenos Aires.

LOS MORDISCOS

Voy á escribir sobre lo más antiguo que hay en el mundo.

Pero no por ser antiguo, deja de ser muy importante.

Me atrevo á asegurar que la suerte de la humanidad, con todos sus sinsabores y placeres ha dependido de un mordisco.

Si Eva no hubiera mordido la fatal manzana, aún estaría gozando los encantos del paraíso.

Y no fuera nada que la mordiese, lo peor fué que la encontró agradable y se empeñó en que Adán la mordiera también.

¡Aquí fué Troya!

¿Quién le dice que nó á una mujer?

Adán mordió la fruta y, después de saboreada, reparó que las mejillas sonrosadas de Eva tenían algo de manzana, y la dió un mordisquillo cariñoso.

De aquí data la perdición de nuestra especie.

El primer mordisco fué causa del primer pecado; y por eso, los mordiscos serán el castigo del género humano hasta la consumación de los siglos.

Esta fué la primera maldición que cayó sobre los culpables, y me fundo en que, el mismo Dios, condenó á la mujer á ser perseguida por los mordiscos de la serpiente.

Si no hubiera habido el primer mordisco, no habría muerto el pobre Abel de un trancazo, ni Caín habría llevado sobre sí el crimen del fratricidio.

Verdad es que fue culpa de los tiempos, más que del delito. Si Caín hubiera encon-



NOTA BUENA

Algunos días después tendréis que firmar una fianza que pondrá muy cerca de la ruina "al más noble de los hombres" "al más cabal de los amigos."

Hacéis conocimiento con un individuo, ocasionalmente, en un viaje.

Trabáis una de esas amistades que duran hasta el puerto de desembarque.

Llegados al muelle, cada uno toma por su lado, casi sin despedirse.

No tenéis de aquel hombre más noticia que la que puede dar su tarjeta. *Fulano de Tal*.

Un día, el oleaje de la vida vuelve á poner aquella misma fisonomía en vuestra presencia.



NOTA REGULAR

vida de azares, de ostentación y de mentiras.

Pocos minutos después negáis una limosna á un ciego, porque no lleváis centavos, porque la menor moneda que tenéis vale medio real.....!

Ah! Pero el ciego no empleó palabras ruines para daros un mordisco—él os pidió por el amor de Dios!

No véis esas adhesiones serviles que se venden á los magistrados; esos afectos que se juran, tan antiguos, tan desinteresados y tan invariables?

Cada uno de esos juramentos lleva entre sus pliegues, un mordisco por lo pronto, y para más tarde, un desencanto para el hombre privado, y un cúmulo de contrariedades para el hombre público.

Pero los hombres públicos se olvidan de que, los que venden opiniones y afectos, están siempre á la orden del mejor postor y sólo pertenecen, temporalmente, al último que los compra.

Dejo en el tintero mil ejemplos que llenarían un libro.

Cuando contemplo, lleno de tristeza, todos las miserias de la vida y el enojo que causan á los que tienen que remediarlas, me consuelo repitiendo las palabras que me dijo una viejecita: "Dios te dé que dar y nó que pedir."

F. DE SALES PÉREZ.

DEL LIBRO DE "VERSOS SENCILLOS"

DE

JOSE MARTI

New York—1891.

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy :

Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

Alas nacer ví en los hombros
De las mujeres hermosas :
Y salir de los escambros
Volando las mariposas.

He visto vivir á un hombre
Con el puñal al costado,
Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces ví el alma, dos :
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez,—en la reja,
A la entrada de la viña,—
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente á mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca :—cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, á través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro,—es
Que mi hijo va á despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo á un amigo sincero
Y pongo á un lado el amor.

Yo he visto el águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente á mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere :
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla, y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto,
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador :
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

VI

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,

Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

Si quieren que á la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡ Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro !

XXV

Yo pienso, cuando me alegro,
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
Que tiene el ojo tan negro !

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,—y una bandera !

XXXV

¿ Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón ?
¡ Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal !

¿ Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo ?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVIII

¿ Del tirano ? Del tirano
Dí todo, ¡ dí más ! : y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿ Del error ? Pues del error
Dí el antro, dí las veredas
Oscuras : di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿ De mujer ? Pues puede ser
Que mueras de su mordida ;
Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer !

LA PRENSA DE CARACAS Y EL COJO ILUSTRADO

Presentamos nuestro homenaje de gratitud á la prensa de Caracas por la favorable acogida que ha dado á nuestro periódico y por las palabras de aliento y benevolencia con que nos ha honrado.

SILENCIO

Déjame, pues, que en mi pesar te adore,
Que si turban tu dicha mis afectos,
Sabré acallar la tempestad del alma
Y te amaré en silencio.

Y en las dolientes noches de mi vida,
En medio de la calma y del misterio,
Alzando á Dios los abatidos ojos
Te adoraré en silencio

Y al sentir cómo brota en mis pupilas
De amargo lloro el calcinante tuego,
Enjugaré las ardorosas lágrimas
Y te amaré en silencio.

Pero también, si por tu mal, un día
Seca el desdén la savia del afecto,
Y mueren las amantes ilusiones

Que forjo en mis ensueños,
Verás que las memorias del pasado
Nublan los horizontes más serenos,
Y que estallan violentas tempestades
En los hondos abismos del silencio !

ALIRIO DÍAZ GUERRA.

Se anuncia en Alemania la invención de un aparato para fotografiar las cavidades interiores del hombre y de los animales. En un tubo de caucho se halla una pequeña cámara oscura cilíndrica, colocada en un estuche también cilíndrico, que tiene dos puertecillas hemisféricas. Frente al lente hay dos lámparas eléctricas muy pequeñas. Completan la instalación una pila para las lámparas y una esfera neumática para abrir la cámara oscura. Una simple presión sobre la esfera empuja la cámara oscura hacia adelante en el estuche cilíndrico, al mismo tiempo que produce la cerradura del circuito de las lámparas y la abertura de las puertecillas de la cámara oscura. Tan luego como cesa la presión vuelve la cámara á su lugar, las lámparas se apagan y se cierran las puertecillas. Parece que los ensayos que se han hecho han dado los mejores resultados.

Pensamientos.—El abatimiento es la más grave de las enfermedades del corazón : es la tisis del alma, que la consume y apaga.—*Dumas.*

La abnegación no cambia de valor por cambiar de causa.—*Lamartine.*

Dar abrigo á un pordiosero, es robar una vida á la desgracia y una víctima á la intemperie.—*Chateaubriand.*

El abuso puede dejar de ser una falta, para pasar á ser un delito.—*Bressar.*

Cuando los abusos son grandes y arraigados, el empuje para arrancarlos ha de ser fuerte.—*Bálmes.*

Los abusos muchas veces no son más que exajeraciones de un buen principio.—*Bálmes.*

Los grandes acentos requieren grandes espacios, grandes movimientos del alma, grandes pasiones.—*Lamartine.*

Hay adoradores del viento que corre, que con el oído y las manos abiertas á toda nueva fugada de la opinión, procuran asir por las alas cualquier ocasión fugitiva de ruido, de vanidad, de lucro ó de poder.—*Lamartine.*

Si el matrimonio es un sacramento, el adulterio es un sacrilegio.—*Isard.*

Vino de manzanas.—Los americanos preparan, con manzanas, un licor alcohólico que cuando está un poco añejo se aproxima mucho al vino del Rhin.

Según dice el *Moniteur Industriel*, para su fabricación se procede del modo siguiente : Se escogen manzanas perfectamente sanas, se ponen en prensa y se recoge el jugo, que se deja evaporar á medias ; antes de que se complete el enfriamiento se diluye el líquido en una cantidad suficiente de levadura de cerveza para desarrollar una viva fermentación ; al cabo de 24 horas se trasega y se introduce el líquido en barriles, ó, lo que es mejor, en botellas muy fuertes que se tapan herméticamente. Esta cidra cocida, alcoholizada por la fermentación, constituye un vino de postres muy estimado por los americanos.

—*El mejor sastre.*—Tres sastres acaban de establecerse en una misma calle. El primero hace pintar un letrero que dice : "Aquí vive el mejor sastre de la ciudad." Inmediatamente pone el segundo uno que dice : "Aquí vive el mejor sastre del mundo." Entonces el tercero escribe en letras muy grandes : "Aquí vive el mejor sastre de esta calle."

¿Cuál era el más vivo de los tres ?

Un inglés, el señor C. G. Kelway, ha expuesto en Londres un aparato que ha inventado. Es una especie de telégrafo óptico, que funciona por medio de la electricidad ; consiste en varias lámparas que representan cada una, una letra ó un signo convencional encendiéndose ó apagándose por medio de un teclado. El señor Kelway cree que su aparato podrá ser de grande utilidad, par-

ticamente en el mar, permitiendo á los buques corresponder entre sí y con las costas.

**

—Un padre que desea conocer los progresos que ha hecho su hijo en gramática, le pregunta :

—¿Qué es un huevo ?
—Huevo, es sustantivo.
—De qué género ?

—Hombre, papá, eso no se sabe. Será masculino ó femenino según y como salga de él un gallo ó una gallina.

**

Londres.—Según el último censo de Inglaterra, esta ciudad cuenta hoy 5.633.332 habitantes ; es decir : que tiene casi igual población que Bélgica, y mayor que Suecia [4.800.000]; que Portugal [4.500.000]; que Suiza [3.000.000]; que Bulgaria [3.000.000]; que Dinamarca [2.200.000]; que Grecia [200.000]; doble que el Canadá, territorio tan grande como toda Europa, y un millón de habitantes más que Australia.

**

Acaba de suceder una cosa muy singular en la ópera imperial de Viena, en el curso del ensayo general de *Los Amantes de Teruel*, ópera del compositor español Tomás Bretón, que tan buen éxito alcanzó en su patria. En el último acto, Marsilla, el héroe de la ópera, muere y lo entierran en la iglesia de Teruel. Traen el ataúd abierto y en él se ve al muerto vestido con una túnica blanca y en la cara una máscara de cera. Esta máscara presentaba un aspecto de realidad tan terrible que al apercibirla la compañera del protagonista, señorita Schlaeger, cayó desmayada sobre el escenario recibiendo en la cabeza un golpe tan violento que en los primeros momentos inspiró gran inquietud por las consecuencias que pudiera tener su caída. La artista fué llevada á su cuarto donde se repuso lentamente y pudo por fin salir del teatro después de dos horas de descanso.

**

El *Electrical Engineer* de Nueva York dice que acaban de descubrirse en la Hoya Superior del Orinoco, en el lugar donde se comunica este río con el Río Negro por el Casiquari, inmensos bosques de árboles que dan mejores gomas que las del Para. Entre las diversas variedades que se han descubierto hay árboles que, según dicen, tienen una gran semejanza con los árboles de gutta-percha del Archipiélago Malés, si no es que son enteramente idénticos á estos.

**

Nuevo órgano para San Pedro en Roma.—De la *Gazette de la facture instrumentale* de Leipzig tomamos lo siguiente : La basílica de San Pedro en Roma, la más grande y bella del mundo tendrá pronto un nuevo órgano. Falta saber, sin embargo, si la elección que se ha hecho del constructor está en relación con la importancia de la empresa. Hasta ahora no ha habido en la basílica un grande órgano fijo ; sólo hay dos órganos pequeños, muy sencillos que pueden rodarse de una capilla á otra. Tienen estos un sonido débil y chillón, que bajo aquellas inmensas bóvedas produce un efecto poco menos que imponente. Todos los grandes fabricantes de órganos han elaborado por su propia iniciativa planos y proyectos de construcciones dignas de adornar aquel augusto recinto. Entre ellos figura en primer término el maestro Cavaillé-Coll, de París, quien trabaja desde largos años en esta tarea, que él considera como la más elevada que le sea dado emprender á un fabricante de órganos. Pero en vez de confiar el trabajo á una casa célebre como lo son las de Cavaillé-Coll, Merklin, Walquer, etc. se ha dirigido el Papa á un oscuro y poco conocido fabricante de Perusa, llamado Morestini. Es pues éste quien está encargado oficialmente de construir un gran órgano para la basílica de San Pedro.

Entre jóvenes.—Pues bien ; ya tú ves, mi querida ! Ese marido tan deseado por las jóvenes solteras, es como la Legión de honor para los hombres : no se acuerdan más de ella después que la tienen en el ojal.

**

Nuevo sol.—De tal puede calificarse al compositor Mascagni que siendo penumbra hace cosa de dos años, tiene ocupada hoy toda la prensa del orbe con sus dos óperas : *Cavalleria Rusticana* y *L'amico Fritz*. Anda su nombre de gente en gente y la fama de su genio celebrada en ambos mundos. Verdi reinaba sólo en toda Italia, y esperaba la muerte con la tranquilidad de quien no veía á su lado heredero á quien donar el cetro, pero ya con el compositor Mascagni, ha de padecer aquellos cuidados y presentar que un poderoso y gigante cedro dará sombra á la ya rugosa encina.

Las óperas de Mascagni, á juzgar por las partituras, participan ó siguen los procedimientos armónicos é instrumentales de Wagner, pero sin desear por ello la arquitectura melódica propia de los italianos. Las compañías de Antón y Leicibabaza, ¿no podrían montar ambas obras, haciéndonos así preciosos obsequio ?

**

Dos bellos proverbios japoneses.—Sed como el árbol que cubre de flores la mano que lo hiere.

—Es el placer una flor que crece al borde de un precipicio, al cual resbalan la mitad de los que se inclinan para cojerla.

**

—Un periódico italiano *Il Caffaro* que publicaba bajo el título *Genova-Iberia* un número extraordinario en beneficio de las víctimas de las inundaciones de España, solicitó de Verdi una composición inédita destinada á aparecer en este número. El autor de *Aida* le dirigió la carta bastante singular que copiamos :

“Santa Agata : 21 de octubre de 1891.”

“ESTIMADO SEÑOR :

“No tengo nada inédito que ofrecer á usted para el número único de GENOVA-IBERIA. Pero “ya que me habla usted de la agricultura, de la “cual no soy sino un simple aficionado, yo desearía que esta noble ciencia fuese más cultivada entre nosotros. Que fuente de riqueza para “nuestra patria !

“Menos músicos, menos abogados y menos “médicos etc. etc. y más agricultores ! He ahí “el voto que formo para mi país.

“Con toda estimación, su atectísimo

G. VERDI.”

**

—Tomado de un *album*.—La inteligencia y aún el mismo genio tienen sus límites ; la estupidez no los tiene.

Sólo la estupidez humana es ilimitada.

Por muy estúpidos que seamos siempre estamos seguros de encontrar alguno más estúpido que nosotros.

Lo cual, si es humillante para la especie, no deja de ser consolador para el individuo.

**

Libro curioso.—Lo es sin duda el del archicélebre pianista Rubinstein, y que se titula. *La Musique et ses représentants*. Formanlo opiniones personalísimas del autor acerca de los célebres compositores de todas las escuelas, quien—cosa singular—niega á Mozart la admiración incondicional que todos los músicos han otorgado siempre á aquel genio. En el próximo número comenzaremos la publicación de tan interesante obra.

**

A un cochero nuevo.—Ya sabe usted que debe ser político con los pasajeros.

—Ah !

—Y honrado ! Por ejemplo : qué haría usted si encontrase en el coche una cartera con cincuenta mil francos ?

—Nada, viviría tranquilamente de mis rentas.

SU CARA MITAD

NOVELA ESCRITA EN INGLES

por

F. BARRETT

traducida al castellano por

FRANCISCO SELLEN

Continuación

podía dar lección. Ya tenía que arreglar un vestido ó hacer una visita, ó me daba alguna otra excusa por el estilo. Pero por lo común decía :

—En verdad que no vale la pena tratar de hacer nada hoy, porque no me siento inclinada á estudiar. Perderé la paciencia y le haré perder á Ud. tiempo y paciencia sin ningún resultado.

Lo que había realmente en el fondo era que no tenía por la música un amor profundo, y su ambición de ser una violinista para tocar en público no era suficientemente poderosa para hacerla vencer su poca inclinación al estudio serio y constante.

Nadie la reprendía por su falta de perseverancia : el mundo es tan ilógico en su indulgencia para con una joven amable y bella, como en su dureza para con las muchachas no muy amables ni bonitas. Además, sus defectos no eran producto de un carácter mal acondicionado, sino más bien resultados de una educación descuidada.

—Nosotras somos más dignas de censura que ella, decía Juana, la mayor de las tres hermanas, joven muy sensata y sencilla. La hemos lisonjeado y mimado, hemos satisfecho sus caprichos, la hemos alentado en sus extravagancias, y no tenemos por lo tanto que ser intolerantes porque ahora sea—lo que la hemos hecho.

Sin embargo, Margarita padecía y se atormentaba mucho con sus faltas. Era en extremo sensible, y cuando sus hermanas permanecían mas tranquilas que lo de costumbre, se imaginaba que estaban meditando en sus faltas y locuras. A veces, como si le remordiera la conciencia por su poca constancia en el estudio, trabajaba con sorprendente energía y asiduidad.

—Si Ud. vé que me estoy volviendo perezosa, recuérdeme que cumpla con mi deber, me dijo un día.

En estos períodos de buenos deseos y actividad hacia grandes progresos. Por desgracia eran de corta duración, y al cabo de un par de semanas se presentaba sin el violín, y con un acento lleno de mimo decía :

—No me reprenda Ud. hoy muy seriamente. Si Ud. lo hace, entonces... entonces me echaré á llorar. En ocasiones semejantes no era posible recordarle el cumplimiento de deber ; y hacia lo que todo el mundo : tener excesiva indulgencia con ella. La verdad es que yo era un mal maestro, y que mi discípula me había trastornado la cabeza por completo.

—“Señorita Goddard, es inútil que yo pretenda enseñarla. Yo no soy sino un viejo loco que no puede imponerle respeto ni obtener la atención de Ud. por lo tanto, mi deber es abandonar el campo, y decir á su papá que busque á uno más apto que yo para desempeñar mi plaza.” Esto es lo que hubiera debido decir. Pero no dije nada que se le pareciera, y lo único que hacía en semejantes ocasiones era hablar de mi orquesta, ó tocar algo de las nuevas piezas que estaba ensayando, ó cualquiera otra cosa que me pidiese la señorita Goddard.

Mis escrúpulos me habrían obligado á hacer dimisión de mi empleo de profesor, si se me hubiese pagado por enseñar. Pero no se me pagaba. Potter Goddard jamás mencionó el asunto ; ni siquiera me ofreció reembolsarme el precio del violín que había comprado para su hija.

Tenía para ello excelentes razones: nunca había tenido dinero. Era un hombre ligero y perezoso sin darse cuenta de ello, y vano como un pavo real. Juana y Cecilia pagaban todas las cuentas y sostenían la casa. Ambas eran excelentes muchachas y muy industriosas: Juana era una joven sencilla y práctica, dotada de un gran fondo de sentido común y buenos sentimientos; Cecilia, sencilla, inocentona, y muy linda, aunque ni por un momento podía compararse con Margarita en nada, excepto en la belleza de su puro y sonrosado cutis.

Cecilia llevaba relaciones con Horacio Clinton, que la había pedido en matrimonio, y á la verdad era una pareja que armonizaba á las mil maravillas. Clinton era un joven buen mozo, de aspecto decente, amable y estimable en la mayor parte de las cosas, aunque no tan fuerte y viril como me gustan á mí los hombres. Tenía el cabello suave y rizado, y dejaba que un pequeño rizo le cayera sobre la frente. Era un artista que sabía pintar con especialidad rostros bonitos. Ganaba dinero dibujando figuras para las tapas de las cajas de confites y dulces, aunque trataba de ocultarlo, creyendo que esta clase de trabajo era derogatoria de su calidad de artista; pero le facilitaba los medios de sostener á sus padres, y de ofrecer un hogar á Cecilia, que era

que se casara antes de mucho tiempo, aunque esas probabilidades se habían vuelto un tanto vagas, porque desde que tenía diez y seis años había estado rodeada de admiradores, y nunca había encontrado uno que le agradara lo bastante para esposo.

—Yo no sé lo que me pasa, decía en una de sus horas de desaliento; trato de hacer las cosas bien, y todo me sale mal. Ni siquiera puedo encontrar un que me agrade lo bastante para esposo.

Estas horas de desaliento eran frecuentes. La mayoría de sus conocidos la veían cuando estaba llena de animación, viveza y travesura, y la juzgaban aturrida é indiferente. Pero yo sé que sus horas de tristeza eran más frecuentes que las de alegría.

Algunos llegaban hasta decir que bien merecía ser infeliz, creyendo que no era sino perezosa, vana y frívola. Pero yo no pienso así. Creo que las mujeres bellas son más dignas de compasión que de envidia; y que después de tener un buen corazón, el don mejor de una muchacha es un rostro sencillo y no demasiado bonito.

Un día que Margarita había llegado á aprender bien su parte en una *berceuse* de Herold, arreglada para piano y violín, le pedí á Potter que no saliera el próximo lunes para que se la oyese

lín, inclinada su pequeña cabeza, y con aquella maliciosa sonrisa que animaba sus adorables ojos.

—Un cuadro de primer orden, que producirá gran efecto, ¿verdad?

Le dije que si podía pintar un cuadro semejante al original, obtendría indudablemente un gran éxito.

—Lo haré, lo haré—exclamó con entusiasmo—ahí está ese lienzo de cuarenta y ocho pulgadas por treinta y seis que preparé el otoño pasado. Es precisamente lo que necesito.

Y se dirigió al montón de lienzos y cuadros por acabar que yacían en un rincón.

—¿Qué te parece mi vestido de terciopelo pardo, papá? le preguntó Margarita que era tan alocada como su padre.

—Excelente, con un fondo tempestuoso, exclamó Potter buscando el lienzo. Date prisa, y pongamos manos á la obra inmediatamente: aprovechemos la inspiración.

Margarita no se lo hizo repetir, puso el violín sobre el piano, y salió corriendo á mudar de vestido. Yo me dirigí al piano algo malhumorado, y lo cerré, pues por lo pronto era un mueble inútil.

—¡Bonito modo de alentar á una muchacha en un estudio serio! murmuré entre dientes. ¡Muy cuerda manera de tratar á una muchacha vanidosa y consentida, cuya felicidad futura depende de que se vuelva razonable y constante.



Fig. 1. El japonés Marimoto, famoso por sus extraordinarias muecas.
Figs. 2 y 3. El dios de la Riqueza, alegre y contento.—Fig. 4. El dios Daruma.

más de lo que Potter Goddard podía jamás haber intentado. Por lo tanto, me parece que hacía mal en manifestar ese desprecio por las cajas de confites.

Juana no llevaba relaciones con nadie y ni aún tenía un admirador en aquella época.

—Margarita y Cecilia tienen que casarse y poner casa antes de que nadie se fije en mí, decía con frecuencia.

Parecía que Cecilia sería la primera en casarse. Yo creo, sin embargo, que ella demoraba su casamiento en obsequio de la familia. Sus esfuerzos, unidos á los de Juana, á duras penas alcanzaban á cubrir los gastos de la casa; y si su hermana sola tuviera que hacerlo todo, no podría menos que incurrir en deudas y luchar con toda clase de dificultades.

Margarita hizo una alusión á esto un día que nos encontrábamos solos.

—Cecilia desea casarse, y podría hacerlo mañana si quisiera, me dijo; pero trabaja como una esclava, y oculta sus ansiedades y disgustos, y todo por..... ¡Ah! ¡yo no valgo para nada!

Y diciendo esto salió precipitadamente, volvió con el violín y estudió con constancia y asiduidad durante tres semanas.

Como Juana lo había manifestado, era inútil que Margarita solicitase un empleo de profesora de piano. Era tan bella que de seguro tendría que tropezar con disgustos. No podía evitar que se enamorasen de ella. En cuanto á ir con una familia privada, jamás le convendría; y respecto á un establecimiento de educación, la cosa se hacía más difícil. Después de todo, Margarita no tenía la culpa de ello.

Por supuesto que había las probabilidades de

tocar y le sirviese de estímulo en sus futuros estudios. Me prometió que así lo haría, y como aquel lunes llovía á cántaros, cumplió su promesa.

Uno de los caballetes lo convertimos en atril de música, y lo pusimos en el medio de la habitación donde Margarita deseaba tocar. Yo me senté al piano, y Potter se sentó en la gran arca negra que contenía sus propiedades y riquezas.

Margarita estaba llena de animación aquel día, y cuando tomó su puesto á un lado del caballete, su joven y fresco rostro irradiaba de alegría.

Potter estaba muy orgulloso de su hija, y la quería mucho á su manera, algo egoísta; y mientras llenaba de tabaco la pipa, moviendo el pie de uno á otro lado, la contemplaba con los ojos medio cerrados, como quien hace un estudio crítico. Dí la nota para que Margarita templara el violín. Ya lo había puesto en el diapason conveniente, y estaba tocando una nota prolongada para tener aún mayor seguridad, cuando sus miradas se fijaron en su padre y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—¿Está Ud. lista? le pregunté.

—Espere Ud. un momento, gritó Potter que tenía la pipa en la boca y estaba ahora, con las manos en posición horizontal, formando un cuadro imaginario. Venga Ud. acá, Holderness, me dijo. Yo me puse á su lado.

—¿No cree Ud. que haría un cuadro muy bello? me preguntó.

Margarita había adivinado lo que pasaba en la mente de su padre, y se mantuvo en la postura que había excitado su admiración, con el arco sobre el violín, la bella mano en la posición más exquisita, teniendo levantado el dedo meñique color de rosa, el blanco rostro apoyado en el vio-

lino, inclinada su pequeña cabeza, y con aquella maliciosa sonrisa que animaba sus adorables ojos.

—No importa, pensé al salir de la casa; su entusiasmo se habrá evaporado mañana, y el miércoles volveremos de nuevo á cosas más serias.

Pero el miércoles hallé á Margarita con su traje de terciopelo pardo, de pie delante de su padre, y á éste fumando y pintando precisamente como los había dejado el lunes, y el viernes fue la misma historia, aunque el tiempo había aclarado y el sol invitaba á salir al aire libre.

—¡Es una cosa verdaderamente extraordinaria! decía Horacio Clinton con cierto ceceo que le era peculiar acompañado de la supresión de una que otra *r*.—Jamás se ha visto que Potter haya pintado *tes* días consecutivos en todo el curso de su *extraordinaria* carera!

En efecto, era una sorpresa para todos, especialmente para aquellos que más íntimamente le conocían.

De dos maneras puede explicarse su perseverancia: En primer lugar, había conseguido pintar un cuadro notablemente bueno, en muy corto espacio de tiempo; y en segundo lugar, sus hijas habían entrado en una especie de conspiración, y le elogiaban y lisonjaban fuera de todo extremo, animadas con la esperanza de que terminase su cuadro en tiempo para enviarlo á la exposición de la Academia.

Potter había manifestado siempre gran desprecio por la Academia Real de Pintura, diciendo que los artistas que no eran admitidos en la Exposición tenían más motivos de enorgullecerse que

aquellos cuyas obras habían sido aceptadas. Sin embargo, cuando estuvo terminado su cuadro y lo hubo puesto en un marco, y admirado más que ninguna otra persona, consintió en que se enviara á la Academia, aunque con cierta afectada indiferencia. Después de todo no dejaba de ser divertido ver el cuidado con que le envolvía y empaquetaba en una caja, y como lo sostenía cuando iba en el carri-coche que le conducía al edificio de la Academia Real de Pintura.

Todos esperábamos con ansiedad el resultado final. Hubo una quincena de suspenso; y nuestras esperanzas se fueron aumentando cuando se tuvo noticia de la primera lista de cuadros rechazados, sin que Potter hubiese recibido aviso alguno de la comisión que entendía en el asunto.

A partir de aquel día, Potter jamás se ausentó de su casa en las horas de la llegada del cartero. Yo me encontraba presente cuando, al fin, recibió la carta oficial. No se halló con valor de abrirla; pero Margarita se la tomó de las manos, y rompiendo el sello, exclamó:

—¡ Un billete de entrada, papá! ¡ Ah! ¡ Mi retrato estará en la Exposición! Y se arrojó al cuello de su padre y le abrazó, apoyando la cara sobre sus hombros para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

Yo había conseguido cuatro asientos del director del teatro para aquella noche, y habíamos convenido que Juana y Cecilia, ausentes en sus colegios, nos esperarían en la puerta del teatro, de modo que tuve el placer de verlas cuando Mar-

garita les mostró el billete de la Academia de Pintura. Era realmente conmovedora la alegría que demostraron. Cuando me dirigí á la orquesta, los vi que hablaban todos en voz baja, casi á un mismo tiempo, y podía adivinarse sobre qué versaba la conversación. Durante la representación dirigí de vez en cuando mis miradas hacia ellos, y los veía que cuchicheaban entre sí sin ocuparse mucho de lo que pasaba en la escena. Tengo sin embargo la seguridad que nadie gozó tanto en el teatro aquella noche como Goddard y sus hijas.

Cuando se acabó la función, ya habían decidido que Margarita no fuera á la Academia con su vestido de terciopelo pardo, para no llamar demasiado la atención, y porque parecía que de-

PLEGARIA A LA VIRGEN.

RECITADO

POESIA DE D. JOSÉ ZORRILLA.

MÚSICA DE D.^a R. TABOADA.

Andante p dolce

PIANO.

A - parta, de tus o - jos, la nube perfumada, Que el resplandor nos

vela que tu sem - blan - te dá, Y tiende nos, Ma - ría, tu ma - ter - nal mi -

dolcissimo

rada, Donde la paz, la di - cha, y el paraíso es tá, Tú, bálsa mo de mir - ra; Tú, caliz de

pureza; Tú, flor del pa - ra í - soy de los astros luz, Es - cudo sé y ampa - ro de la mortal fla

con amore

queza. Por la di-vi-na san gre, del que iurió en la cruz. Tú eres ¡oh Mari a; un faro de e-pe

ranza Que brilla de la vi-da en el re-vu-el to mar, Y hácia tu luz ben-dría des fallecido

avanza el náufrago que an he la en el Eden to car. Impe-la, Madre augusta, tu soplo sobe.

rano La destrozá-da vela de mi in feliz ba tel; En séña-le su rumbo con compasiva

rilar *Lento.*

mano, No de-jes que se pier-da mi co-ra-zon en él.

seaba se la identificase con el retrato. Tenían pues que ir el día siguiente, despues de las horas de clase, á la calle del Regente, para escoger algo que pudiera estar listo el primero de mayo, día de la apertura de la Exposición. Juana y Cecilia ni por un instante pensaron en comprar vestidos nuevos.

—Quisiera saber si habrá muchas personas que se detendrán á contemplar mi retrato, dijo Margarita y si los criticos de los periódicos dirán algo desfavorable.

—Vaya que si dirán, respondió Cecilia, que, como ya he indicado, era muy sencilla é ino-centona. Ellos siempre encuentran defectos en todo.

—Quizás nadie, excepto nosotros, sabrá que tu retrato está en la Exposición, dijo Juana con ja sensatez que le era característica. Tal vez lo

habrán colgado en un rincón como hicieron el año pasado con el cuadro de Horacio, agregó por vía de epílogo.

—Si arrinconan mi obra, será la última que les envío, dijo Potter que se imaginaba ya al público en general y á toda la comisión de la Academia llenos de la mayor ansiedad de contemplar los cuadros de P. P. Goddard.

CAPITULO III

Su cuadro no había sido arrinconado; antes al contrario, había sido colgado en muy buen lugar, según la opinión de todos, excepto, por supuesto, la de Potter. Esto llenó de asombro á los artistas del Club "Bayard," quienes, en ausencia de Potter, se despachaban á su gusto acerca de su obra. Decían que era un cuadro de sexto

orden; que allí no había arte ninguna, que el colorido era malo, que el dibujo era también malo (y la verdad es que el violín no me parecía bueno). Lo más que podía decirse en elogio de ese cuadro era que poseía cierta belleza que cautivaba la atención, lo cual no se debía á la habilidad de Potter; con un modelo como el que tuvo á la vista, el cuadro tenía precisamente que ser bonito, y porque lo era, había sido aceptado y colgado en lugar visible. La Academia no era en realidad sino un almacén, una gran tienda, y los tenderos tienen más interés en complacer el gusto vulgar del público, que en tratar de elevarlo, etc. Pero lo que más sorpresa causaba á estos hermanos en el arte (estoy por decir que los

Se continuará